



Fernando fue y es el perro de Resistencia. Una ciudad lo adoptó como suyo, lo protegió, lo amó, lo comprendió. Su extraordinario oído musical, su filosofía de vida, su amistad con los artistas, trascendieron los límites de su país.

Hugo Ditaranto a través de su prosa poética, nos descubre toda la vida y el pensamiento de Fernando. En capítulos cortos, con varias lecturas posibles, apareciendo Fernando en toda su dimensión, casi humana. Fernando más que ver el mundo lo piensa, lo siente, en su compleja mezcla de soledad y solidaridad.

En este libro todo lo maravilloso se hace mágico.

ISBN 950-9603-19-8



Fernando

un perro de verdad



HUGO DITARANTO

Octava edición

© 2001 Hugo Ditaranto
 © 2001 Ediciones Lumiere S.A.
 S.B.N.: 950-9603-19-8

-mail: edicioneslumiere@infovia.com.ar

rinted and made in Argentina

echo e impreso en la República Argentina

ueda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema
mático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros
ios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

odos los derechos de esta edición reservados por Ediciones Lumiere, Buenos Aires, Argentina.

...debe que tiene fuerza para leer un hueso, tiene deseos
de hablar para decir cosas que depositadas en la memoria, y
allí se entienda y muchas, o se entienda o se no
olvidaban.

CERVANTES
entre Cipión y Borzante,
Novela y colegio que pasó

Según los araucanos, sólo mediante el alma de un animal
podemos llegar a Dios.

Los derechos de esta edición reservados por Ediciones Lumen, Buenos Aires, Argentina.
No se permite su explotación por cualquier medio electrónico, mecánico, fotográfico, registro o otro
efectivo, ni su transformación total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema
de datos, ni su explotación por cualquier medio electrónico, mecánico, fotográfico, registro o otro
efectivo, ni su explotación en la República Argentina
ni en el extranjero sin el consentimiento escrito de Ediciones Lumen.
E-mail: edicioneslumen@infovia.com.ar
Buenos Aires, Argentina
Ediciones Lumen S.A.
Buenos Aires, Argentina
Buenos Aires, Argentina

ÍNDICE

Cancel	13
El porque de esta historia	15
1. De cómo partió	19
2. De cómo llegó	25
3. Una cuestión de justicia	31
4. Del recuerdo de sus padres	35
5. Nazareno Cruz, el lobo y su bautismo	39
6. Del día que lo hirieron	43
7. Noches de café y de cuando lo llevaron al dentista	47
8. De su oído musical	51
9. Del carnaval	55
10. De cuando llegó el presidente	59
11. Del fogón de los arrieros	63
12. De la desconocida de la siesta	69
13. De los límites políticos	73
14. De su primera vacuna	77
15. De cuando lo tomaron prisionero y de su gran libertad	81
16. De cómo aprendió la táctica de los colores	85
17. De sus hijos y de sus preocupaciones	89
18. Los sueños van donde se sueña	93
19. La muerte de René Brusseau, el monte y una premonición	97
20. De su muerte, entierro y gloria	101
Documentos y testimonios	105

INDICE

13	Canal
15	El porqué de esta historia
19	1. De cómo nació
25	2. De cómo llegó
31	3. Una cuestión de justicia
35	4. Del recuerdo de sus padres
39	5. Mariano Cruz, el loco y su bautismo
43	6. Del día que lo vieron
47	7. Noches de café y de cuando lo llevaron al dentista
51	8. De su vida musical
55	9. Del carnaval
59	10. De cuando llegó al presidente
63	11. Del fogón de los amigos
69	12. De la desconexión de la siesta
73	13. De los límites políticos
77	14. De su primera vacuna
81	15. De cuando lo tomaron prisionero y de su gran libertad
85	16. De cómo aprendió la técnica de los colores
89	17. De sus hijos y de sus preocupaciones
93	18. Los sueños van donde se sueña
97	19. La muerte de René Brusson, el mono y una promoción
101	20. De su muerte, entierro y gloria
105	Documentos y testimonios

CANCEL

Ser niño es ir de la mano de mamá. Su mano era mi contacto con el mundo. En mamá terminaba yo y empezaba el mundo.

Un día sentí que la mano de mi madre temblaba, fue como un terremoto. La causa, absurda: un simple perrito callejero. Para defenderse, mi madre pronunció un exorcismo que, al parecer, la aliviaba de su pánico: — *San Roque San Roque, que me mire pero que no me toque.*

No recuerdo si la conjura fue eficaz, pero lo cierto es que mi madre, aquel día, me pasó su aprensión a los perros, que me dura hasta ahora.

Los perros, indefectiblemente, suelen darse cuenta de lo que yo siento, y se acercan para explicarme que no me va a pasar nada, que ellos son animales amistosos. Pero los aprensivos de los perros siempre interpretamos mal ese acercamiento y entonces la aprensión no sólo no cede sino que se acentúa.

Cuando en el año 1973 viajé a Resistencia, la capital de la provincia argentina del Chaco, me encontré con esta historia de Fernando. Los que la habían vivido la contaban con orgullo, para advertirnos que habíamos llegado a un lugar muy particular.

Los más pequeños la avalaban diciendo que Fernando fue un perrito que nunca tuvo dueño y que por eso su dueño fue todo el pueblo de Resistencia. Volví a Buenos Aires con testimonios, fotografías y una gran esperanza: escribir esta historia de Fernando y acabar de ese modo con aquel terremoto que había empezado el día del susto de mamá y su doble invocación a San Roque.

Yo, que nunca había podido jugar con un perro de verdad, quizá pudiera jugar con el recuerdo de un perro y empezar así a cambiar las cosas. Pero no funcionó.

En el Paleolítico, el hombre y los demás animales hablaban el mismo idioma y eran amigos, porque compartían todas las desgracias: el mal tiempo, el hambre, la sed, la enfermedad, las inundaciones, la oscuridad de la noche.

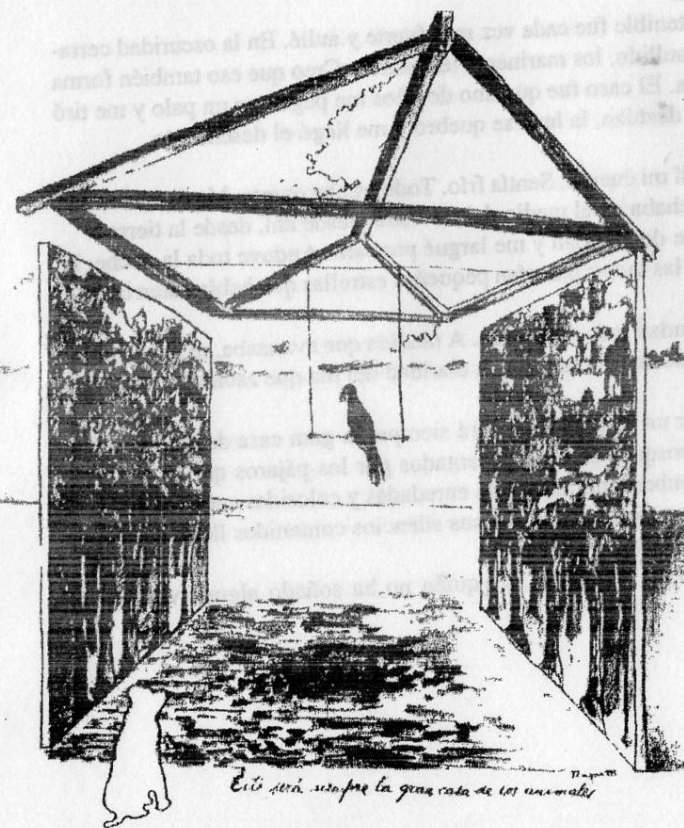
Se solían reunir en alguna cueva. Allí fue que sucedió esto: Una noche el hombre estaba muy nervioso, preocupado, muy preocupado y no dormía. Caminaba de una pared de la cueva hasta la otra pared de la cueva, sin parar. Lo observaba su amigo el perro, sorprendido por tanta caminata. Al fin, le preguntó que le pasaba y el hombre dijo que no lo sabía, que estaba preocupado, que sentía inquietud y angustia y miedo pero que no sabía a qué ni porqué. El perro reflexionó unos minutos y luego le dijo: «Vos, Hombre, serás el animal que más ha de progresar, porque tus manos tienen un pulgar oponible y con esa herramienta insuperable modificarás el mundo y lo pondrás a tus pies. Vamos, pues, a hacer un trato: yo te cuidaré de noche, vigilando para que no te pase nada y vos, a cambio, me darás de comer todos los días. ¿De acuerdo?»

En toda su historia el hombre firmó miles de tratados, que jamás cumplió. Pero éste que no firmó en el Paleolítico con su amigo el perro, curiosamente, es el único que respetó hasta el día de hoy.

H. D.

EL PORQUÉ DE ESTA HISTORIA

Contrariamente a todo aquello que se le cuenta a los niños, esta historia es real, verdadera. Tan real, que la gente trata de olvidarla para no tener que compararse, quizá, con nuestro protagonista. Es común escuchar en los ambientes artísticos acerca del miedo que se le tiene a los animales y a los niños. Yo siempre sostuve que se les tiene que temer, porque aunque no sepan pintar, pintan; son reales actores aunque no saben actuar; aunque no saben escribir, suelen ser verdaderos escritores. Si les diéramos el mando del país, seguro que lo arreglarían con una equidad soñada que nos asustaría. Pero esto es tema de otra historia. Esta es la historia de un perro. Sé que no sólo van a sonreír —que es lo principal— sino que también van a sentir y ser de otra manera después que lean, imaginen y fabulen cómo vivió Fernando, que así se llama nuestro protagonista.



1 DE CÓMO PARTIÓ

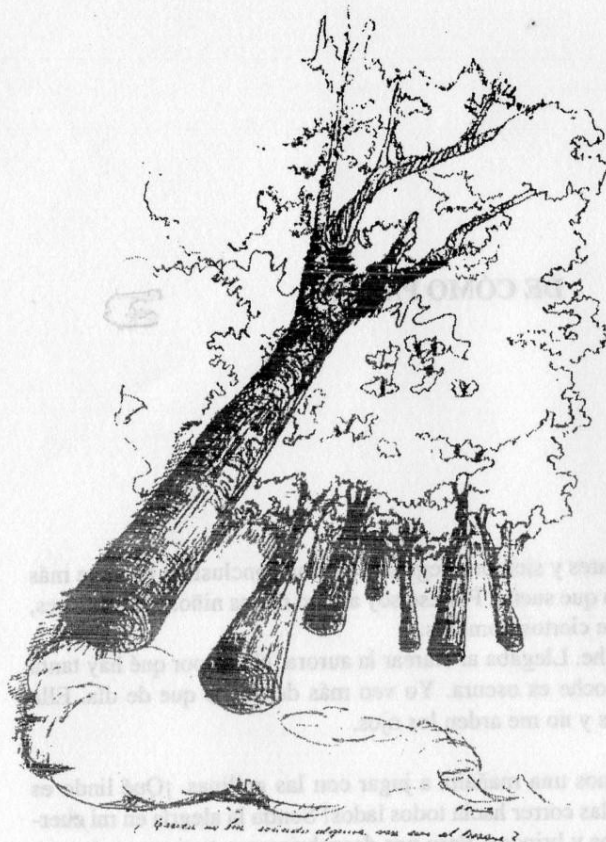
V isité muchos lugares y siempre llego a la misma conclusión: la gente más hermosa de la tierra es la que sueña. Por eso soy amigo de los niños, de las flores, de algunos animales y de ciertos hombres.

Siempre viajé de noche. Llegaba al clarear la aurora. No sé por qué hay tanta gente que dice que la noche es oscura. Yo veo más de noche que de día. Ella atenúa, calma los colores y no me arden los ojos.

Con unos pícaros fuimos una mañana a jugar con las gallinas. ¡Qué lindo es escuchar su aletear y verlas correr hacia todos lados! Sentía la alegría en mi cuerpo; bailaba entre cacareos y brincos. Pero nos descubrieron y tuvimos que escapar. Tomé por el camino del arroyo hasta el río y desde allí salté a una barcaza. En ella viajaban tres hombres. El más chico me miró con cierto recelo. El otro, colorado, no me dio importancia. El mayor, quizá por grande y viejo, me miró con ternura, me acarició y me dio de beber. Íbamos por un río muy ancho.

Los hombres le ponen nombre a todo. Después olvidan. Lo mejor es nombrar las cosas simplemente: río...río; hombre...hombre. ¿Por qué hacer diferencias? Así todo se hace más simple y el tiempo se puede dedicar a disfrutar. Eso le falta al hombre. Se olvidaron del disfrute.

Cerca del atardecer me dieron un pedazo de carne. Los hombres son, a veces, más generosos con un perro que con sus propios hermanos. A nosotros también nos suele pasar lo mismo.



omida en los barcos es abundante y sabrosa. Los marineros tienen una vir-
men temprano. Después toman un café fuerte, inquietante, y encienden la
Estiran las piernas sobre la borda y miran fijo cómo se va estrellando el
Los ojos se les transforman, una ternura acurrucada se despereza. El barco
navega, simplemente se deja llevar por las aguas a la deriva. Camino del
o.

ronto todo se puso rojo: el cielo, los hombres, las cosas, el agua. La noche
nvolvente y tibia sobre nosotros.

Sentado junto a la borda, miraba cómo la punta del barco rompía la quietud del
agua. Como a una gran puerta, abrió de par en par al río, por donde la luna sonreía,
salpicándome. No pensaba. Simplemente me dejé estar.

El cielo es un techo inmenso. Las estrellas, pequeños faros que nos dicen: ¡hasta
aquí es tuyo! Tuve ganas de pararme, estirar el cuello y aullar, convocado vaya a
saber por quién. Siempre al anochecer y cuando me quedo sin hacer nada, siento
lo mismo.

Mi madre siempre decía que era igual a mi padre. Es lo que los hombres llaman
leyes de la herencia.

Ese deseo incontenible fue cada vez más fuerte y aullé. En la oscuridad cerra-
da, al escuchar mi aullido, los marineros temblaron. Creo que eso también forma
parte de su herencia. El caso fue que uno de ellos me pegó con un palo y me tiró
al agua. El cielo se deshizo, la luna se quebró y me llegó el desencanto.

En la orilla, sacudí mi cuerpo. Sentía frío. Todo estaba quieto. Me di cuenta que
la música que escuchaba en el medio del río venía desde ahí, desde la tierra.

Divisé una especie de claridad y me largué para allí. Anduve toda la noche. El
resplandor venía de las luces; parecían pequeñas estrellas que habían aterrizado y
tiritaban conmigo.

Estaba ante una ciudad toda iluminada. A medida que avanzaba, se iban combi-
nando y confundiendo sus formas con la claridad del día que asomaba. Me agra-
daba el camino.

Tuve que atravesar un bosque. Éste será siempre la gran casa de los animales.
Además, todos los bosques parecen encantados por los pájaros que lo pueblan,
por las hojas que lo cubren, por las lianas enredadas y coloridas entre los árboles,
por esa bruma que cae como lluvia, por sus silencios contenidos lleno de sueños
impenetrables y profundos.

Los sueños van donde se sueña... y ¿quién no ha soñado alguna vez con el
bosque?

DE CÓMO LLEGÓ

Un hombre que había llegado con el tren se quedó mirando el lugar, sorprendido ante tanta soledad. Apoyó la valija en el suelo, sacó un pañuelo y mientras se secaba la frente, miró en redondo. Hubiese querido que me encontrara cuando agité mi cola, lo miré inclinando un poco galante la cabeza, que es nuestra forma de expresar a querer. Al describirme, sonrió. Creo que nos hicimos amigos. Si bien por todo es distinto con un amigo. Se siente tibieza. No existía el mundo sin un encuentro.

De pronto ese toro negro, de acero brillante, muy fino, echó humo por todos los costados y parte. Estalla una gran explosión. Al rato todos se alejan, como el tren. Cuando éste es un puntito, casi nada, donde las vías se unen, la estación - esa casa de todos y de nadie - vuelve a quedar sola, quieta, olvidada.

Un tren amaba y todos se arremolinaban donde había una puerta. Son más los que se quedan que los que viajan y todos están inquietos, tal vez porque las despedidas son tristes.

Las estaciones tienen un olor característico, un humo de leña que se entremezcla con el silencio. Y un estallido de acero cuando se acerca la gente.

El ferrocarril de día, cuando las estrellas se habían apagado. Recuerdo lo que siempre me decía mi madre: "El mejor lugar para aquellos que no conocen, o tienen que empezar algo nuevo, es la estación del ferrocarril".

Hay tres clases de perros: el perro pastor, el perro doméstico y el perro vagabundo. Éstos últimos son aquellos que no tienen casas ni dueño y se los compara piedadosamente con los sacerdotes mendicantes, como si fueran unos perros místicos, que viven de la caridad de las buenas gentes.

Historia y psicología del perro
LUIS BONILLA

Hay tres clases de perros: el perro pastor, el perro de-
místico y el perro vagabundo. Estos últimos son aque-
llos que no tienen casa ni dueño y se los compra pa-
doamente con los sacacorchos mendicantes como si fue-
ran unos perros místicos, que viven de la caridad de las
buenas gentes.

Historia y psicología del perro
LUIS BONILLA

2 DE CÓMO LLEGÓ

Llegué de día, cuando las estrellas se habían apagado. Recordé lo que siempre me decía mi madre: "El mejor lugar para aquellos que no conocen, o tienen que empezar algo nuevo, es la estación del ferrocarril".

Las estaciones tienen un olor característico, un humo de leña que se entremezcla con el silencio. Y un estallido de acero cuando se acerca la gente.

Un tren arribaba y todos se arremolinaban donde había una puerta. Son más los que se quedan que los que viajan y todos están inquietos, tal vez porque las despedidas son tristes.

De pronto ese toro negro, de acero humeante, muge fino, echa humo por todos los costados y parte. Estalla una gran exclamación. Al rato todos se alejan, como el tren. Cuando éste es un puntito, casi allá, donde las vías se unen, la estación — esa casa de todos y de nadie —, vuelve a quedar sola, quieta, olvidada.

Un hombre que había llegado con el tren se quedó mirando el lugar, sorprendido ante tanta soledad. Apoyó la valija en el suelo, sacó un pañuelo y mientras se secaba la frente, miró en redondo. Hubiese querido que me entendiera cuando agité mi cola, lo miré inclinando un poco galante la cabeza, que es nuestra forma de empezar a querer. Al descubrirme, sonrió. Creo que nos hicimos amigos. Siempre todo es distinto con un amigo. Se siente tibieza. No existiría el mundo sin un encuentro.

Mientras lo seguía, observaba la forma de caminar que tienen los hombres, es más lenta que la nuestra. Nosotros la hacemos con cuatro patas, ellos sólo con dos. Tiene una ventaja, pueden llevar sus cosas con las otras. De allí debe venirles las nostalgias. Las causantes deben de ser los equipajes.

Vi la ciudad con asombro. Es el bosque del hombre. A su medida y a su gusto. No me era indiferente.

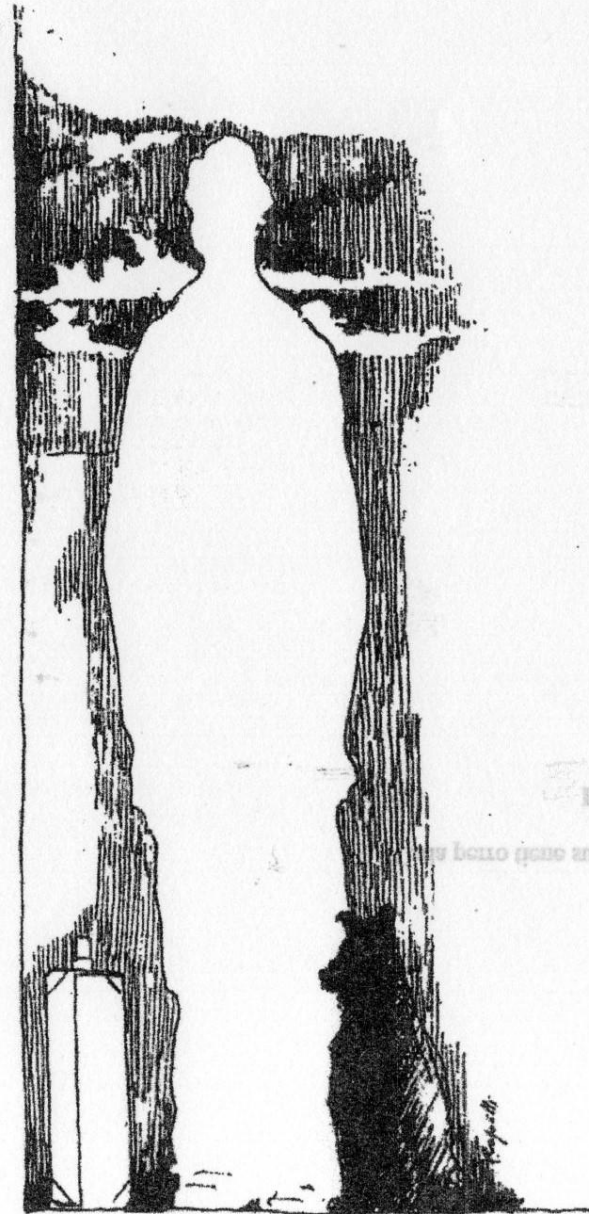
Llegamos al umbral de una casa grande, llena de ventanas y con una puerta que giraba y giraba. Era un hotel. Mi amigo pidió una habitación. Sin reparar en mí, se tiró sobre la cama, me metí debajo y nos quedamos dormidos. Estaba atardeciendo cuando desperté y comencé a dar vueltas para tratar de que él hiciera lo mismo, pero seguía durmiendo profundamente. Los hombres se cansan más que nosotros. De repente pegó un salto, pensando vaya a saber qué. Cuando me vio, dijo cosas, me acarició y se fue para el baño. Bañarse pone felices a los hombres. Se olvidan de todo y cantan.

Los humanos tienen reglamentos para todo. Ese hotel no era la excepción. En uno de los artículos decía que no se podían tener animales en las habitaciones. Tuve que irme. Pero antes me dije, mirando ciertos rostros, como el lobo de Gubbio: - En este lugar pueden vivir ciertos animales. ¿Quién determina eso?...Pues, esos mismos animales.

Mi amigo protestó al entender mis pensamientos. Pensé que lo echaban a él también. Pero logró algo: me dejaron andar por el hotel junto a él. Pero dormir, ¡no!

Entonces descubrí un huequito en el frente del edificio. Era pequeño, tan justo a mi medida que se inunda con mi pelambre. A veces, si estaba contento, sobraba mi cola. Con el tiempo tomé mi forma y mi color y allí me quedé para siempre.

¡Qué extraños son los hombres! Primero hacen reglamentos y después, cuando se encariñan, ya no les importa romper esas leyes por ayudar al amigo, por compartir instantes y hasta el silencio. Me sentía feliz, tenía dos cosas para serlo. Una casa. Un amigo. Pero creo que la felicidad es más complicada y se necesitan otras cosas.



3 UNA CUESTIÓN DE JUSTICIA

El hotel estaba en pleno centro. Podía enterarme de todo y llegar a cualquier parte en contados minutos.

Era dueño de la alegría. El no tener amo era mi gran ventaja, casi diría, un ejercicio de la democracia, porque uno se va haciendo amigo de todos. La gente necesita tener cosas y querían ser mis dueños. Pero era muy feliz así como estaba, libre como los vientos, como los caminos. Señor del tiempo para mi tiempo. Soy libre porque nunca usé bozal. Sin caprichos, responsable y con gran sentido del humor, todos me quisieron. A los tristes y malhumorados los quieren menos. Para ser triste hay que ser gato. Y para ser malhumorado, hombre. ¿Qué más que hombre?

Frente a mi casa estaba el Banco de la Nación. Todos los días, desde muy temprano —no importaba si hacía frío o calor—, se armaban unas filas enormes con viejitas y viejitos que esperaban largas horas para cobrar la jubilación. Era lamentable.

Me había hecho amigo de ellos de tanto recorrer la cola. Son los únicos que conocen el lugar, son los dueños del pasado y de las cosas. Allí me enteré de casi todo y nació para mí una pasión incontenible que me durará toda la vida: la Justicia.

Esa ineludible cola era mi pena en esos días. Me propuse terminar con esa actitud injusta y entré decidido en el despacho del Gerente, que es una especie de dueño del banco. Cuando me vio entrar, casi se le caen los anteojos. Si no tienen anteojos no llegan a esos puestos. Los anteojos son sinónimo de saber mucho.

El despacho era elegante y fresco, muy distinto a la vereda calcinada y triste. Busqué una silla, la que estaba frente a él, me senté sobre mis dos patas traseras, apoyando las otras dos en el escritorio. Iba a comenzar a exigir un cambio radical en la forma de tratar a los viejitos, cuando apareció un hombre de saco blanco con una bandeja en la mano. Traía un hermoso y digno café con leche con medialunas para el gerente. Lo apoyó sobre la mesa, me lo tomé.

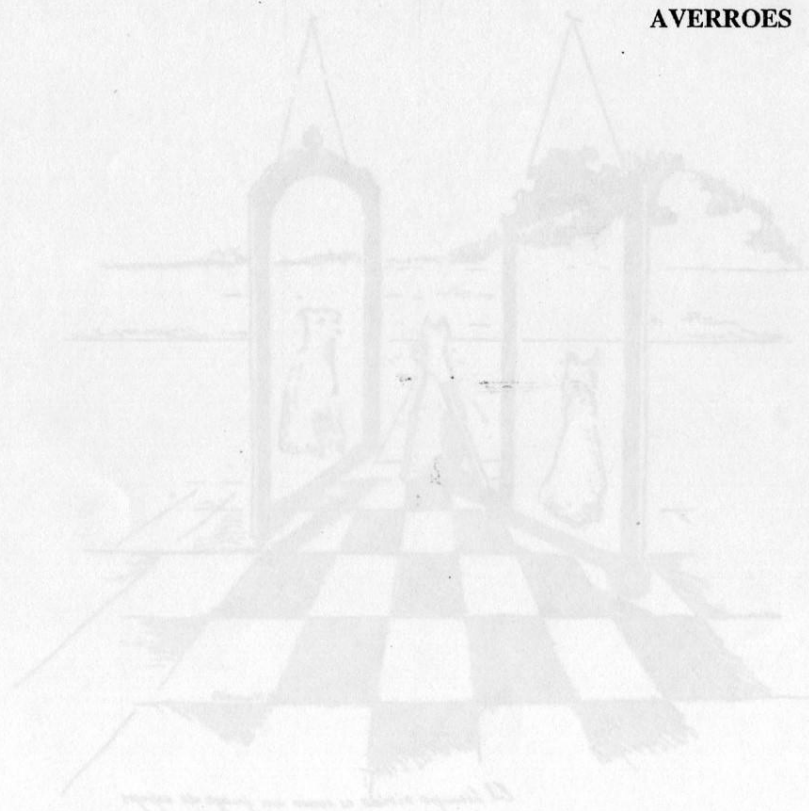
Cuando la gente me veía salir de casa y cruzar al Banco todas las mañanas, se preguntaba qué era lo que haría. Así se fue tejiendo la fábula: yo era un influyente. Y los comerciantes empezaron a darme un trato preferencial. De esta manera pude lograr el almuerzo, que era mi gran preocupación. La merienda y la cena las tenía aseguradas.

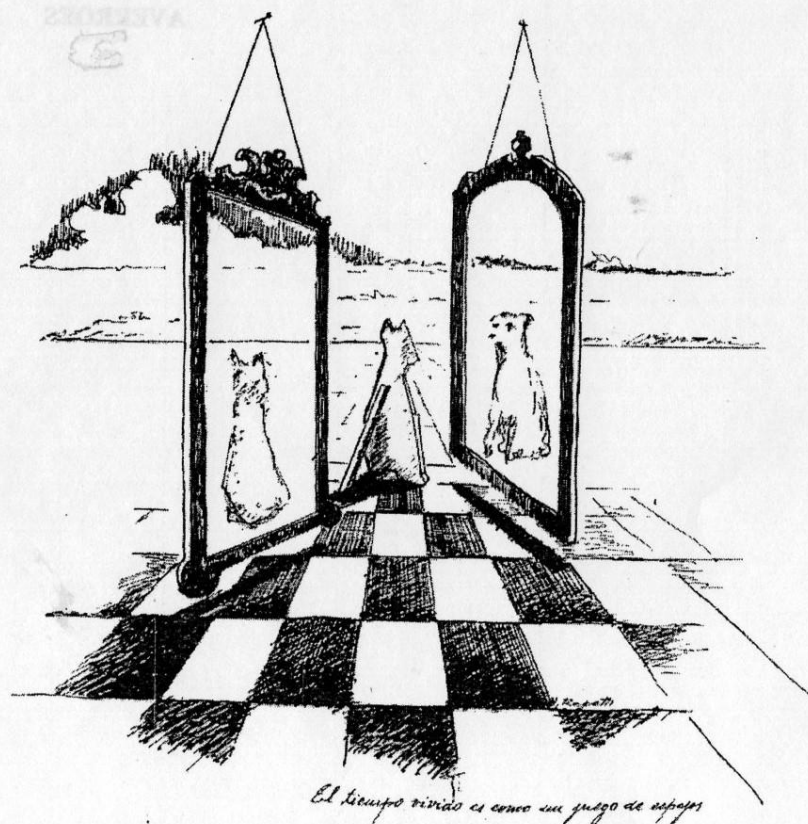
No pude solucionar el problema de los viejitos queridos, quizá porque el idioma de los justos es casi imposible de descifrar. O tal vez esa actitud humana del café con leche, que entibia el estómago, hizo mi corazón demasiado humano y me hizo olvidar a la justicia.

Todas las mañanas, sin embargo, no cesaba en intentar una mejora y sólo lograbamos un hermoso desayuno.

El alma de los hombres no es esencialmente distinta del alma de los animales.

AVERROES





4 DEL RECUERDO DE SUS PADRES

¿Quién no se acuerda de cuando era chico?
Hay cosas que quedan para siempre en uno: el rostro de nuestra madre, la forma de enojarse de nuestro padre, la travesura que mamá siempre recuerda, con las mismas palabras: "¡No sé cómo no te mataste!".

La infancia es ser uno mismo y otro al mismo tiempo. Uno es como el hermano mayor del chiquito que evoca.

Siempre tengo la manía de volver para atrás. De volver a andar lo andado. El tiempo vivido es un juego de espejos, en el que uno se ve hasta más allá del infinito. Una intrincada telaraña. Pero la dulce mirada de mamá parece volver siempre, para poner en mí toda la dulzura de su corazón.

¡Mamá! ¿Estarás recordándome ahora?

Cuando me pienso de chiquito, siempre me veo jugando conmigo mismo. Eso lo hacen todos, lo he visto en los niños; hasta en los gatos... en todo lo pequeño.

Un día pasaron cosas terribles. Un temblor. Todo se caía. El tiempo parecía detenido. Mi madre me llamaba y su voz aún resuena en mi alma. Todo está en mí, como dentro de un caracol gigante.

Me asusté mucho cuando dejé de oír a mi madre, me largué a correr y corrí hasta el cansancio. Después traté de olvidarme de todo para poder seguir viviendo, y empecé a viajar.

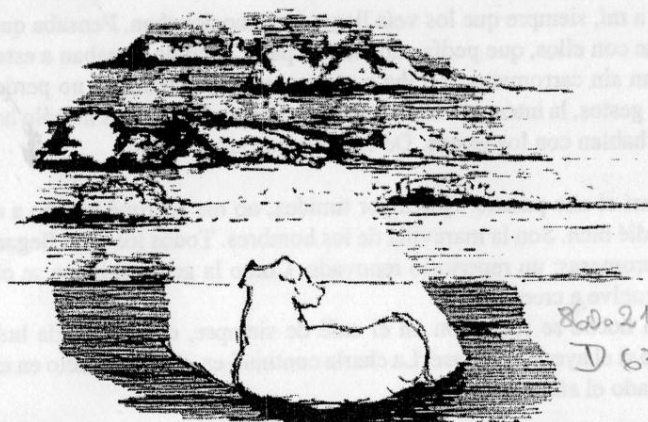


De mi padre conozco lo que me contó mamá. Decía que yo me parecía mucho a él. Era muy alegre, pero al mismo tiempo un melancólico, como ocurre siempre con los contentos que trabajan en los circos. Papá siempre trabajó en la arena. Sus abuelos habían sido cirqueros. Tengo de él un vago recuerdo que tiene que ver con la imaginación. Me parece haberlo encontrado en lugares extraños. Y puede ser, porque la gente de circo es andariega como los gitanos. Hasta la carpa enorme tienen como ellos. Cuando se van, nos dejan sus soledades en un círculo de tierra y se llevan todas sus alegrías, cambiando las risas y los aplausos por silencios.

El partir siempre presupone una nueva aventura. Y según mamá, papá era el gran aventurero. Medio poeta y audaz. Muchas veces quiso que mamá fuese con él. En el circo, le enseñaría todo en poco tiempo. Pero ella vivía muy cómoda en una casa donde nos querían mucho.

Mi madre, quizá por comer todos los días, no salvó el amor. ¡Fue todo lo contrario del aventurero de papá! Cómo me gustaría charlar con ellos ahora que soy casi grande.

Papá fue el poeta y mamá la damita que lo quiso. Él no dejó de partir y ella no se animó a seguirlo. ¿Cómo seré yo cuando el amor me toque? ¿Echaré raíces como un árbol o seré cambiante como el ondulante río? Tal vez aullaré a la luna mis angustias o me enroscaré chiquito en la ternura de dos en uno. Cuando el amor me toque... ¿seré yo?



Cuando el amor me toque, ¿seré yo?

Los animales son capaces de tener sentimientos de tristeza, de alegría, de terror, de felicidad, de desgracia, como los hombres. El perro y el mono son capaces, además, de sentir asombro y curiosidad.

DARWIN

860.218-32(0.035.3)

D 634

f

8^{ed.}

NAZARENO CRUZ, EL LOBO Y SU BAUTISMO

Me contaba mi papá, que cuando arribaban los comediantes a un pueblo, lo hacían en grandes carromatos y armaban una verdadera revolución. Cuando se iban, arrasaban con todo: gallinas y cuanto animal les sirviese. Era la forma de saciar el hambre. El artista vive del espíritu y se alimenta como puede. Cosas de los trotamundos. Los andariegos, que siempre hay en cada pueblo se plegaban a esa vida de alegría y arrasaban también con los soñadores.

¡Los artistas son una plaga! – decía mi madre. Creo que tenía algo de razón. Uno de ellos le llevó sus sueños y el amor.

En cuanto a mí, siempre que los veía llegar me emocionaban. Pensaba que podrían llevarme con ellos, que podía encontrar a papá. Cuando llegaban a esta ciudad, lo hacían sin carromatos. Yo iba a su encuentro y trataba de no perder las palabras, los gestos, la intención en las miradas. Porque los actores no sólo hablan con la boca, hablan con los gestos. De verdad: ¡me emocionan!

Los descubrí el año pasado. Quizá por timidez, no me acerqué mucho a ellos, pero los estudié bien. Son la maravilla de los hombres. Todos los años llegan con las mismas promesas: un repertorio renovado. Como la gente siempre se olvida de lo malo, vuelve a creer.

La primera noche se reunieron en el café de siempre, como si nada hubiera pasado, como si el ayer no contase. La charla continuó en el lugar exacto en el que la habían dejado el año anterior.

En el tiempo de los comediantes el cine se transformaba en el mejor teatro. Cuando hay una cosa, falta la otra.

Todos tienen su nombre, las personas, los animales, las cosas, las calles. Una noche decidieron ponerme mi nombre. Un actor me tomó en sus brazos, otro tiró con un sifón pequeños chorritos de agua alegre, pronunciando por primera vez el nombre que llevo: ¡Fernando!

Fernando era mi primer amigo, el que encontré en la estación aquella mañana en que estaba perdido y solo. Los actores descubrieron mi predilección por él. También él tenía algo especial conmigo, porque todos dijeron: ¡Si es su hijo, que lleve su nombre!

Al otro día, ya con mi nombre, fui al teatro. Estrenaban "Nazareno Cruz y el lobo", una obra en que el protagonista se transforma en lobizón. El lobo es un perro más flaco, más primitivo, más solo, tal vez más antiguo, nada más.

La transformación siempre ocurre los viernes de luna llena. Ese día era viernes y la luna estaba llena.

El teatro estaba repleto. En un momento dado, los espectadores tuvieron miedo. Yo, que estaba en un costado del escenario, entre bambalinas, sentí el terror del público. Acompañaba a las voces de los actores una música de espanto, que hacía más trágicos todos los parlamentos. Hay gente que se especializa en esto de hacer sentir miedo.

En un momento, la muchacha queda sola en el escenario. Está enamorada del protagonista, que sufre el mal de los lobizones por ser el séptimo hijo varón. Él no está en escena, porque es un viernes de luna llena. Ella se tira al suelo y estalla en llanto. Los aullidos son cada vez más potentes. Se van acercando. ¡Pobre niña!

Inunda mi corazón una pena enorme. Se llena toda mi alma de una piedad infinita. Fue entonces cuando avancé seguro de mi mismo hacia ella. Al principio nadie me veía, porque el escenario estaba a media luz. Sólo un gran foco cercaba a la niña. Cuando estuve allí, todos se asombraron de mi presencia, creyendo realmente que había una transfiguración.

La actriz, al verme, creyó en su propia interpretación y su miedo fue mucho mayor. Para calmarla comencé a lamerla y a hablarle en mi idioma más dulce. El público estalló en un aplauso y escuché que alguien gritaba: ¡Fernando venció al lobizón! ¡Fernando... el nazareno!

La crueldad es característica de los cobardes.

6 EL DÍA QUE LO HIRIERON

Los dueños del café tenían una perrita de raza. Nosotros sabemos que son de raza, por muchas razones. Una es su forma de ladrar, arrastran el ladrido y le dan una cierta entonación afectada.

Una tarde la conocí. Iba despreocupado, blanco como un copo de algodón en busca de música, de alegría, del canto de la vida. De pronto, en una puerta, la vi. Estaba sentada con un moño blanco en el cuello. Parecía más grande, pero no, debía de tener mi edad.

Me acerqué. Me miró displicentemente. Creo que continué pasando por su lado casi toda la tarde. Iba y venía en el espacio de pocos metros. Quería que notase mi presencia. Ella ya lo había hecho. Pero no me miraba y yo estaba por estallar.

En la plaza empezó a tocar la Banda y fui para allá. Al ver que me iba me siguió y comenzamos a ser amigos y a esperanzarnos.

De pronto apareció una enorme mujer. Era su dueña. Me miró con odio y me hizo una seña con la mano, comprendí que me amenazaba. No me asusté. El amor es un fuego líquido que no nos deja quietos.

Otra tarde pasé a buscar a mi amiga y como no la vi entré en el café. Cuando me vieron entrar noté un movimiento raro detrás del mostrador. Jamás imaginé que iba a pasar lo que pasó.



¡Qué hermoso es tener amigos que se preocupen por uno!

De pronto, mientras buscaba a mi amiga, un chorro de agua hirviendo cayó sobre mi cabeza y corrió por mi cuello. Al mismo tiempo, una cuchillada trataba partirme en dos. Dolor, indignación. Todo como un relámpago. Un estallido en mi cuerpo.

En la calle traté de mantenerme en pie, fue casi imposible. Todo se ablandaba. Las casas parecían de manteca. Todo se fue pareciendo a una sola cosa, dolor y blandura. Ya casi no sentía el latido de mi corazón. Hasta que caí, creo, en brazos de mis amigos.

El médico dijo: "La herida es muy profunda, hay que suturarla. ¿Quién le hizo esto?"

Me llevaron al Club Progreso y allí me acostaron en un cajoncito lleno de trapos. El doctor Reggiardo venía dos o tres veces por día a curarme. Allí me quedé hasta que sané y también supe que me querían mucho porque todo el pueblo hablaba por teléfono preguntando por mí.

¡Qué hermoso es tener amigos que se preocupen por uno! Creo que para saberlo de verdad hay que tener algún enemigo o sufrir un dolor.

Cuando me curé traté de ver a mi amiga, pero ella ya no estaba en Resistencia. Había desaparecido. Creo que la verdad es otra.

Hay seres que no van a entender jamás el amor. Son un peligro.

Estaba tendido el pobre perro todo lleno de garrapatas. Y al advertir que Ulises se aproximaba acompañado del pastor Eumeo, removi6 alegremente la cola y humill6 las orejas, mas no pudo salir al encuentro de su amo. Ulises al verle, no pudo contener una lágrima. Argos, habiendo cumplido con su destino, moría de la propia alegría de ver a su amo después de veinte años.

La Odisea
HOMERO

7
**NOCHE DE CAFÉ
Y DE CUANDO LO LLEVARON AL DENTISTA**

Todo lo subtropical tiene un calor parejito. Pero cuando se oculta el sol, uno siente que se apagó la gran caldera. Es por eso que todos tratan de vivir más de noche.

Las ciudades subtropicales son bulliciosas, amigas, cálidas. Quizá por eso me quedé aquí tanto tiempo. Creo que ésta es mi ciudad, está hecha a mi medida.

De día, muy temprano, digamos a las 6 de la mañana abren todos los negocios, hasta los bancos. A eso del mediodía cierran. El calor a esa hora ya lo tomó todo y lo enciende como una brasa. El almuerzo. Después la siesta que es una institución y dura hasta las cinco de la tarde, hora en que se vuelve a abrir todo. Cuando llega la noche poblada de luna, todo se transforma. Nada termina, es entonces cuando empiezan a vivir, a agitarse los corazones.

Después de la cena nos reuníamos con los amigos en el café. Eran noches inolvidables, de charlas y discusiones, durante las que tratábamos de arreglar el mundo. Pero sólo se oían frases ingeniosas. El hombre, cuando tiene la posibilidad de perder el tiempo, saca a relucir todo su ingenio, diciendo cosas importantes. Más que perder el tiempo es vencerlo.

Esas noches quedarán en mí, grabadas a fuego. Fueron y son mi escuela. Aprendí lo que no me enseñaron los viajes y el dolor.

Mi padre siempre decía: "Se aprende en la vida, si se vive".

Una noche empecé a estar inquieto, me dolía una muela. El dolor empezó de a poquito, casi era agradable, hasta que fue haciéndose cada vez más intenso e insoportable.

Uno de los muchachos se dio cuenta de que algo me pasaba y cuando me tocó el hocico chillé. Entonces, con esa suavidad que los hombres tienen cuando se lo proponen, me abrió la boca, miró y dijo: "Fernando tiene una muela picada!" A lo que otro agregó: "Y, habrá que llevarlo al dentista!"

Todos se levantaron y sin darle tiempo al bromista a que rectificara su propuesta, salieron llevándome en brazos.

Cuando llegamos, había todavía gente en el consultorio. Nos tocó el turno. Entramos.

El doctor, dulcemente y con un cariño entrañable, me miró y curó mi muela enferma. Dejé de sufrir casi instantáneamente. Una verdadera maravilla. Allí aprendí el valor de la ciencia.

Cuando me duele algún diente o muela, suelo visitar al dentista, pero solo. Espero y cuando el doctor sale y dice: "El próximo", si me toca a mí, salto de mi sillón y entro lo más campante y feliz.

Aquella noche comprendí que cualquier tema apasionante de la mesa de café se detiene ante el dolor. El hombre es solidario. Todo se detiene cuando hay alguien que sufre.



Ilustración de Ruyter en el mundo de los perros, de la serie "Los perros de Ruyter" de Ruyter.

Los hijos de Ruttka descendían de un barco. Encontraron en la orilla algunos perros de espesísimo pelo que les hablaban, preguntándoles quiénes eran. Los hombres no les hicieron caso y pasaron de largo, por lo que, incomodados los perros, decidieron no dirigirles más la palabra y hasta el presente así lo han hecho. Sin embargo, su curiosidad es tal que ladran cuando ven a un desconocido, lo cual es su modo de preguntarle quién es.

STELLER

8 DE SU OÍDO MUSICAL

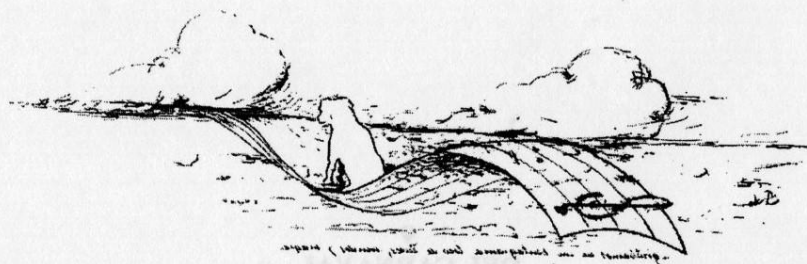
Si alguna vez envidié a alguien, fue a los pájaros, porque vuelan, porque pueden atravesar el aire y ver cómo la nube se transforma en lluvia. Por lo demás estoy muy contento con lo que soy.

Siempre estoy imaginando cosas. Una melodía invisible teje ante mis ojos escenas que seguramente he visto o después veré. A la distancia todo se desvanece, todo parece redondo. Pero el sonido es lo único que no cambia. Lo mismo ocurre con el canto de las campanas, que con sus voces suelen decirme cosas.

La melodía me atrae como un imán. Es un lenguaje dulce. Voces encantadas del instinto. Es una llave vieja, que sólo uno sabe a que puerta corresponde. La melodía es el misterio. Cuando uno cree que ya lo comprendió, vuelve a cifrarse. La melodía es el alma desnuda de los hombres. La armonía está en los gestos, en las miradas; es la palabra de lo invisible.

Donde hay música, allí estoy.

Aquí todos los días hay un acontecimiento para festejar. Vivir es una fiesta. Claro que si el cantor o los músicos, no dicen bien, me voy. No soporto las palabras feas. Al principio al verme llegar, la gente se reía. Después esperaban mi reacción. Si me iba, se iban conmigo. Los músicos y los cantores se quisieron ganar mi amistad, creyendo que de esto dependía su éxito en la ciudad. Jamás comprendieron que uno es un entendido en música y misterios.



Una noche la ciudad se vistió de fiesta, llegaba al Fogón de los Arrieros uno de los grandes concertistas del mundo.

Permanecí las dos horas del concierto cerca de él. Tocaba como los dioses. Apoyé la cabeza en mis dos patas delanteras y me puse a soñar. Viajé por mares y nubes y cielos. Me atravesaron relámpagos y pájaros. El viento me llevó como a las hojas. Jugó conmigo y me dejé jugar. Fui árbol y sueño del sueño.

El pianista decía todo, su lengua eran los dedos. Era una maravilla. Estaba en todas partes y siempre volvía a sus manos sobre el teclado. No me sacaba los ojos de encima. Maravillados los dos, girábamos en un pentagrama loco de luces, sonidos y magia.

Cuando terminó habló con mis amigos, estaba sorprendido. Decía que era la primera vez en su vida que veía a un perro así, con un verdadero oído musical. Yo seguía extasiado en su música, que aún persistía en la atmósfera del salón.

De pronto todos callaron, como al principio y apareció otro pianista vestido de gala. Aplaudieron. Se sentó frente al piano y un silencio que cortaba las luces reinó. Me quedé cerca de él apoyando mi cabeza entre las patas y dispuesto a volver a soñar. De pronto empezó a aporrear el piano, me levanté y me fui. Todos empezaron a reír. Estaba por llegar a la puerta, cuando oí que uno de mis amigos le decía al primer pianista: ¡Quien se sentó al piano nada sabía de música y el primero que se levantó fue Fernando! Lo miré y reflexioné: A los hombres les gusta tomar exámenes, siempre, temen creer en cosas simples.

Hay animales de lujo que no sirven para nada y además son friolentos. Creo que no salen de noche.

FERNANDO

9 DEL CARNAVAL

En carnaval, la gente parece dejar los problemas de lado y se pone muy contenta.

Los viejos se divierten mirando a los más jóvenes y haciendo comparaciones con el carnaval de antes. Los menos viejos, viendo cómo se divierten sus hijos. Los chicos, porque al disfrazarse juegan de una manera nueva y extraña.

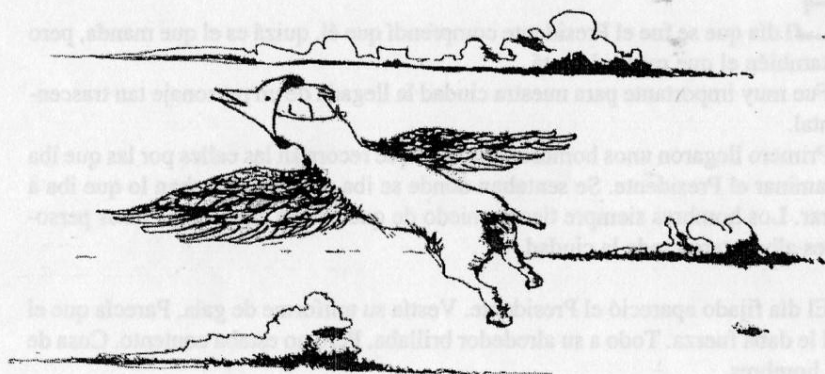
Todo es color y alegría. El carnaval siempre fue así y seguirá siéndolo mientras se practique. Los hombres más lúcidos del pueblo no van a los bailes ni al corso. Para ellos esos días no existen. Alguna razón tendrán. En cambio los otros, la mayoría, se divierten como locos. Hay murgas y comparsas, es una fiesta de luces y papelitos.

Una de las cosas que más me impresionaron en el último carnaval fue una murga que se llamaba Los Patinadores, todos iban sobre patines. Eran verdaderos acróbatas. Algunos saltaban con los dos pies juntos sobre el borde del cordón de la vereda, pegaban en el medio de los patines y saltaban hacia atrás, dando una especie de salto mortal, además cantaban al mismo tiempo sin perder el ritmo. El movimiento de esos chicos era como el de las alas de los ángeles.

Los carros adornados con las luces de los farolitos chinos de papel forman una extraña caravana de sombras iluminadas. Caballos disfrazados, guirnalda de lado a lado de las calles y en los palcos que la bordean. El corso es un gran oso, alegre y juguetón.

Hay disfraces que me gustan más que otros. De los chicos me gusta el de Zorro, el de indio y el de explorador. Son de aventura. En cambio los disfraces de las niñas que más me gustan son el de hawaiana, el de dama antigua y el de odalisca. Son la aventura del corazón.

Siempre me subía a algún carro, pero jamás me disfrazaron. ¡Y cómo me hubiese gustado! ¿Sabés de qué me hubiera disfrazado? De pájaro de verdad y poder volar y cantar. Ver todo desde arriba, tocar el cielo, sentir la libertad plena y agitar mis patas a la manera de alas, mover el aire que me envuelve y decirle al mundo la alegría de una canción.



El único vínculo que une al perro y al hombre es la esencia más primitiva y sencilla de la amistad.

LUIS BONILLA

10
DE CUANDO LLEGÓ EL PRESIDENTE

El día que se fue el Presidente comprendí que él, quizá es el que manda, pero es también el que más solo está.

Fue muy importante para nuestra ciudad la llegada de un personaje tan trascendental.

Primero llegaron unos hombres extraños que recorrieran las calles por las que iba a caminar el Presidente. Se sentaban donde se iba a sentar. Miraban lo que iba a mirar. Los hombres siempre tienen miedo de que ocurra algo. Estos raros personajes alborotaron toda la ciudad.

El día fijado apareció el Presidente. Vestía su uniforme de gala. Parecía que el Sol le daba fuerza. Todo a su alrededor brillaba. Pero no estaba contento. Cosa de los hombres.

Pensé que era triste llegar a Presidente.

La calle, los árboles tenían el color de la bandera. Todos parecían jirafas con el cuello estirado. Mirarlo era como ser uno mismo el Presidente. La imaginación estallaba en los ojos.

Apareció acompañado por los extraños que habían llegado varios días antes, ellos empujaban y miraban con una cara que imponía miedo. Todas las custodias son de temer. Para llegar a él había que atravesar la escolta y había que tener coraje para hacerlo.

Después de visitar lo lindo (que es una forma de ignorar la realidad), lo llevaron a almorzar al Club Progreso. Allí los hombres con cara de malo cuidaban cada una de las puertas. Sin autorización no se entraba. Los invitados fueron bien elegidos.

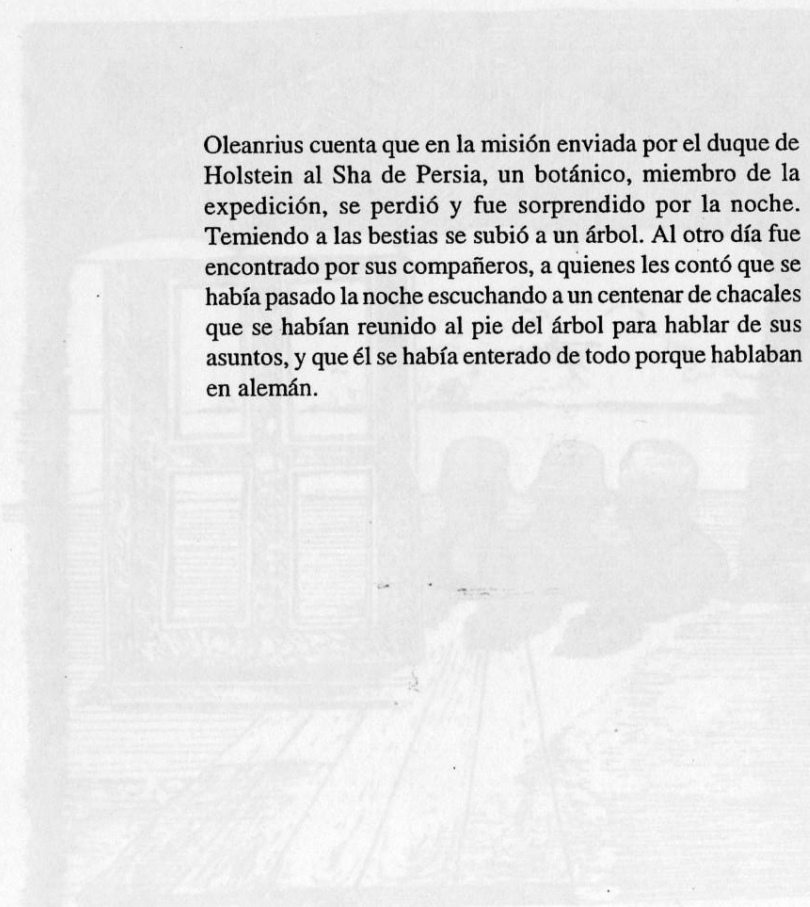
En la cabecera estaba el Presidente y el Gobernador, que en un momento se levantó y comenzó un largo discurso. Decía las cosas de siempre. De pronto aparecí por el pasillo principal. Había entrado por un huequito donde no había parado ningún grandote. La gente empezó a reírse. El Presidente no entendía el porqué. Miraba a sus edecanes. Éstos tampoco conocían la causa de las risas. En ese momento el Gobernador interrumpió su discurso y señalando el pasillo dijo: ¡Fernando! El Presidente preguntó: ¿Qué Fernando?

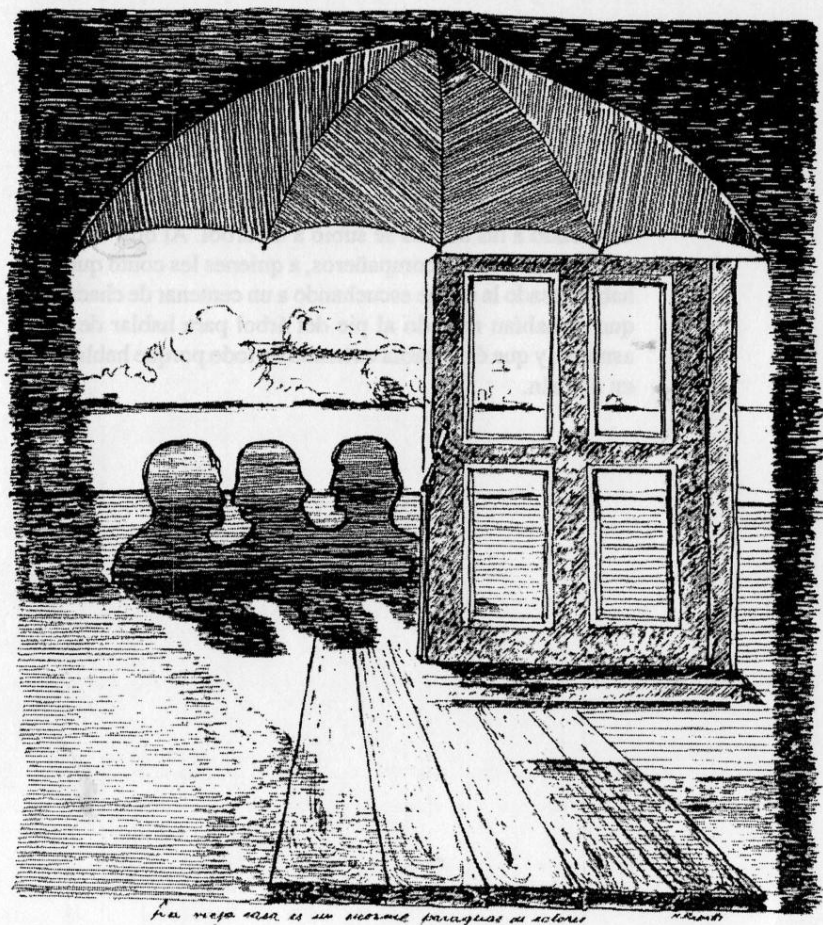
En ese momento me metí debajo de la mesa y me senté en la silla del Gobernador. Me quedé mirándolo fijo, era la primera vez que estaba tan cerca de un Presidente. Un ayudante del Gobernador intentó sacarme, pero él lo impidió. Hizo que trajeran otra silla para el Gobernador y que la pusieran a mi otro lado. Quedé entre los dos y el discurso continuó.

Estuve presente en todas sus conversaciones. No voy a contar nada, porque podría ser acusado de revelar secretos de estado.

Cuando terminó el acto el Presidente, acariciándome, dijo: "¡Quién pudiera ser feliz como vos Fernando! ¡Te envidio! ¡Mi vida sí que tiene mucho de perro, en cambio la tuya tiene todo de Quijote!

Oleanrius cuenta que en la misión enviada por el duque de Holstein al Sha de Persia, un botánico, miembro de la expedición, se perdió y fue sorprendido por la noche. Temiendo a las bestias se subió a un árbol. Al otro día fue encontrado por sus compañeros, a quienes les contó que se había pasado la noche escuchando a un centenar de chacales que se habían reunido al pie del árbol para hablar de sus asuntos, y que él se había enterado de todo porque hablaban en alemán.





La vieja casa es un enorme paraguas de colores

Ramón

11

EL FOGÓN DE LOS ARRIEROS

A veces me pregunto por qué me dejaron entrar. Creo que fue mi condición perruna la que me franqueó la entrada y el buen humor que reinaba en todos los artistas que formaban el Fogón. Allí encontré a mis mejores amigos. También a mis peores enemigos. Uno no puede pasar por la vida sin alguno de ambos.

El amor en todas las bocas y un poco de rencor en los ocultos corazones. La sociedad que creó el hombre es también su condena.

Iba rumbo al Fogón, una ráfaga de aire me pegó en la cabeza y me despeinó. Mi pelambre aleteaba, suelta, salvaje, feliz como mi ser. No hay por qué esperar al sábado —me dije— todas las noches son de fiesta. El simple hecho de sentarse a charlar era una alegría.

Había aprendido a medir el tiempo por la luz y las sombras. Pero allí, rodeado de artistas, de artistas verdaderos, todo era un espectáculo y perdía la noción del tiempo.

El viejo Fogón estaba en una casona antigua. Quienes lo conocieron estarán de acuerdo en que tenía algo especial. Una vez escuché a un niño que le decía a sus padres, que a él le gustaba la casa vieja, porque allí había nacido, jugado, caminado por primera vez. Algo de su ser pequeño quedó para siempre atrapado en aquellas paredes. Una sombra. Un gesto. La lágrima que se secó en la mejilla. Recuerdos. Aquella ventana verde que daba a la vida. La tabla floja del piso, donde se guardaron muchos secretos. La vieja casa es un enorme paraguas de colores. Para mí, el viejo Fogón seguirá siendo así.

Allí están todavía las presencias de los más hermosos ejemplares humanos que conocí: el Negro Mena, Brusseau, Marchese, Aldo, Efraín... ¡Qué hombres! Hacen honor a sus congéneres.

Todo cuanto en el mundo se dijo sobre el arte, aquí en el Fogón se discutió. Tuve la suerte de estar presente.

Una tarde hablaban de la forma y del contenido. Hablaban con ejemplos y caí en uno de ellos. "Fernando tiene forma de perro. Pero ¿es perro?", dijo uno de ellos. Otro replicó: "Sus actitudes humanas están en él, bajo una característica perruna". A lo que un tercero agregó: "Su alma trasciende los límites de su propia condición, porque las leyes íntimas de todo lo vivo...son iguales". Entonces, mientras ellos seguían discutiendo y enredándolo todo, me propuse definir este punto desde mi óptica perruna.



Los hombres definen con palabras y éstas van cambiando según las épocas y las costumbres. En su búsqueda de la verdad, lo complican todo y ya nadie entiende nada. Es entonces cuando lo más simple se transforma en lo más profundo. La forma de todo cuanto se habita es la amistad. En cuanto al contenido, el amor es el que reina. Si alguien quiso cambiar un reino por un caballo, tenía una razón muy grande para hacerlo y creo que no estaba bromeando ni equivocado. Cambiar lo complicado por lo simple puede ser el camino de la verdad.

Amistad y amor son los actos que deshacen las tinieblas que rodean el misterio. La amistad es compartir y el amor es dar.

Las palabras definen con palabras y estas van cambiando según las épocas y las
circunstancias. En la búsqueda de la verdad, lo importante es el camino y no el destino.
La verdad es un camino que se va descubriendo a medida que se avanza. En el camino, el amor es el
motor de todo cambio. En la vida, el amor es la fuerza que nos impulsa a buscar la verdad.
El amor es la fuerza que nos impulsa a buscar la verdad. El amor es la fuerza que nos impulsa a buscar la verdad.
El amor es la fuerza que nos impulsa a buscar la verdad. El amor es la fuerza que nos impulsa a buscar la verdad.

Amor y amor son los actos que desatan las tinieblas que rodean el misterio.
El amor es el camino y el amor es la fuerza.

3

Allí están todavía las presencias de los más grandes escritores humanos que
conoce: el Negro Man, Brancas, Albo, Eran... Que hombres! Ha-
cen honor a sus contemporáneos.

Todo cambio en el mundo se dio sobre el amor, aquí en el Pólo, en el mundo.
Tiene la fuerza de esta presencia.

Un
uno de ellos
Otro mundo
A la vez
ellos se van descubriendo y cambiando todo, nos proponen definir los puntos de
de las épocas humanas.

Jamás una definición intelectual podrá reflejar
suficientemente lo específico de los sentimientos.

C. G. JUNG



12 DE LA DESCONOCIDA DE LA SIESTA

Todo tiene su nombre y su rito.

Por las tardes me gusta ir al monte, allí tengo mis amigos y soy feliz. Todo el monte es una gran ciudad. Pocos hombres se acostumbran a él, a su encanto y a sus ruidos ancestrales. El monte es el fin de muchas cosas. Allí descubrí el misterio de la lluvia, de la noche y de la aurora. Descubrí el misterio del origen. Los ángeles de grandes alas jamás habitarán el monte. Su aire es un cristal sonoro, al que sólo hacen vibrar pequeñas alas. Mis amigos, los ángeles pequeños, dueños de un aire impenetrable, son los únicos.

El monte va cambiando como la vida. Es una profunda espiral de colores, de sonidos. El otoño es el misterio. En el invierno habita la ternura. La primavera es el inicio de todo. Y en el verano estalla todo... como un sol. Las cuatro briznas las llevo en la pelambre de mi alma.

La víbora voladora, pequeña y verde, me cuenta cómo aprendió a volar. El picaflor, que no sabe que vuela de tan rápido que lo hace, también charla conmigo. La víbora voladora y el picaflor son mis amigos. Los envidio... ellos vuelan. Uno es un bailarín dibujando en el aire formas y gestos, a veces hasta parece que me ayudan a saltar más y más, y hasta tengo la sensación de hundirme en el aire, de tener alas, de no volver a tocar la tierra. Cuando subo soy ala, viento, cielo, fuga, volatinero. Sólo siento mi cuerpo cuando caigo.

El monte me hace feliz. Vuelvo cuando cae la tarde, lleno de polvo y agotadas carreras, de juego compartido. Entonces soy una realidad triste, pero antes de llegar al centro, voy a la casa de una vieja amiga que siempre espera mi regreso. Después de mi madre, es el ser que más me quiere y a quien yo quiero. Ella me reprende mientras me baña y me peina, para que vaya al centro lo más hermoso posible.

Conoce mi pasión por la música, el calor y el afecto que siento por mis amigos. Sabe que soy enteramente feliz en esa maravilla que nos reserva el sol a la que llamamos noche.

La cálida ternura de mi amiga es una espuma, un agua burbujeante. Sus manos en mi cuerpo son todas las caricias que sólo da el amor. Después me voy, copo blanco errabundo de la tarde, buceador de canto, estrellas y silbidos.

Siempre pasan cosas en la vida. Vivir es un acontecimiento.

Cuando por las tardes parto con mi paso más elegante, buscando la música y la alegría de la noche. Siempre blanco y perfumado como una pompa de jabón, dicen a mi paso: "¡Ahí va... el bohemio blanco!" Pero nadie sabrá jamás quién es la mano amiga que me cuida y perfuma.

Sus enemigos son los que ejercen la injusticia y oprimen a los pobres; el perro luchará mientras haya hambrientos en el reino.

EL EVANGELIO DEL BUDDHA

13 DE LOS MÍTINES POLÍTICOS

Hay seres a los que les gusta tener un espectador, aunque el espectador sólo sea él mismo. Después llega la realidad y lo arruina todo. Nuestra ciudad no es una excepción. Hay una época para cada cosa.

Cuando va llegando la primavera, las trompetas de las cigarras la anuncian. Las lluvias nos dicen que el verano se acerca. Pero hay un tiempo que no es el del almanaque. No tiene estaciones. Es el tiempo poblado de acontecimientos. Así nacen los mítines políticos.

La esquina, una esquina cualquiera es el lugar. Hasta allí se acercan los partidarios y los que no lo son tratan de oír desde lejos, para no ser tenidos en cuenta. Los distintos partidos tienen sus esquinas o plazas ya estipuladas.

He ido a todos los mítines, porque me gustan y porque creo que nosotros tenemos que hacer lo mismo, agruparnos por las ideas y los sentimientos. Claro que los hombres tienen otras cosas por las que se agrupan. Los intereses son distintos.

Los oradores son, casi siempre, los mismos y me hacen recordar a los actores, pero gesticulan más. Uno se da cuenta que lo quieren convencer de algo, en cambio el actor está convencido de lo que dice. Me quedo con los actores, son más sinceros.

Nunca falló la prueba que hice durante años. Cuando llegaba a uno de esos actos el orador decía: "¡Fíjense que hasta Fernando es nuestro!" Esta frase la dijeron todos. Jamás pensaron en mí, creo que sólo en ellos. Nunca se dieron cuenta que soy un ser libre.

Siempre ansié subir al palco de madera, éstos de carnaval, y decir todo lo que pienso sobre la libertad. Que no tiene nada que ver con lo que allí se dice.

Cuando el acto termina, todos se van y queda el palco, los adornos, las cintas, los banderines, hasta el otro día. Así fue que una noche en que volvía de mis correrías, al pasar por aquella esquina y ver el palco solito, una idea me asaltó.

Esa noche dije todo lo que siempre quise decirle al pueblo. No había nadie. Estaba solo. Vi como mis palabras trepaban de rama en rama, subían por las paredes, se colaban por las ventanas. Las estrellas me miraban sorprendidas. No entendían nada. Nunca entienden nada. Están muy lejos.

Nadie se acercó. Estuve todo el tiempo solo con mis ideas y mis sentimientos.

Al otro día, la gente pareció haber olvidado todo lo que dije sobre la libertad. Siguió cada cual en su juego. Entonces me di cuenta de que la libertad no elaborada en uno, no sirve. Es como el amor.

Según su discípulo Jenófanes, cuando Pitágoras vio a un hombre que pegaba a su perro, lo detuvo y lo exhortó con estas palabras: "Cesa de apalearlo, es un amigo, en el eco de su voz lo reconozco".

DIÓGENES LAERCIO

14 DE SU PRIMERA VACUNA

La ciencia es una forma de vida. Pero hay dos vidas, la del cuerpo y la del espíritu. La ciencia está preocupada por las dos.

Hay una enfermedad que hace estragos entre nosotros: la rabia. Un sabio preocupado por el problema, inventó una vacuna para evitar que nos enfermemos.

Cuando en 1954 llegó la vacuna al Chaco, nadie sabía por dónde empezar y comenzaron conmigo. Es por eso que tengo la patente N° 1. Siempre soy el primero al que vacunan.

El hombre logra casi todo lo que se propone. Es inventor de todo. Capaz de hacer y deshacer.

Sería lindo que hubiera una vacuna para sacar del corazón de todos el egoísmo. Para borrar de la cabeza de algunos la malignidad. La mueca de dolor. Y que la risa estalle como las flores.

Vacunas contra la soledad, las lágrimas, la maldad.

Vacunas contra el hambre, la guerra, la impiedad.

Vacunas del encuentro y la amistad.

Vacunas para el cuerpo sin alma y para el alma sin cuerpo.

Vacunas para el silencio interior colmadas de colores, para que se reflejen en los ojos, en las manos, en la piel.

Vacuna de amor, amor para que nada muera.

Todos creyeron que al inyectar la vacuna se acababa la rabia. Pero no fue así. La ciencia no tuvo la culpa, sino el olvido de algunos hombres que no vacunaron a sus amigos.

Aquel primer día fue todo un suceso. Todos los perros y perras de la ciudad y sus respectivos dueño estaban frente a la plaza esperando. Cuando vi tanto alboroto me acerqué y alguien propuso que fuera el primero, ya que no tenía dueño. A mi me pareció bien, el susto que tenían mis hermanos me animó para ser el conejito de prueba. Frente a la inyección algo me vino a la garganta, un sabor a soledad, a desamparo, pero pensando en los que me estaban mirando, me dije: A no quejarse, que esto es para tu bien. La aguja entró en mi piel sin dañarla, parecía un pinchazo de cualquier espina o un abrojo silvestre. Luego sentí que un líquido jugó dentro de mi cuerpo. Después la palmada del doctor. “¡Te portaste muy bien Fernando!”

Cuando salí, una perrita de largo pelambre y ojos de cielo me preguntó: ¿Te dolió? No – le respondí – pero si te duele, no te llevo a pasear por el monte. Ella entró después y no gritó.

Mientras me iba pensé en el paseo que daría con mi nueva amiga, en busca de algún misterio y fruta silvestre.

Barry, un San Bernardo, fue un héroe entre los héroes. Había salvado en los Alpes, allá por 1800, más de cuarenta vidas, que casi siempre se habían perdido en terribles tormentas de nieve. Un día, un hombre perdido y asustado lo mató. Su cuerpo conservado está en el Museo de Berna.

TSCHUDI

15
**DE CUANDO FUE TOMADO PRISIONERO
Y DE SU GRAN LIBERTAD**

Lo absoluto no existe. Y en cuanto algo tiende a eso, aparecen sus detractores. Mi libertad molestaba a algunos. Claro que eran muy pocos, pero les molestaba.

Un perro sin dueño, emancipado, libérrimo, es un peligro. La cosa se sentía en mis paseos, estaban los que me acariciaban o saludaban y los que de alguna manera me ignoraban, pero al verme pasear deseaban que algo me ocurriese.

Siempre que ando, mi cabeza viaja más rápido que mi vista. Sueña con cosas extrañas, hace cabriolas con toda la fantasía perruna, y mis ojos, por otro lado, van recogiendo las maravillas que el paseo me va brindando. Pero siento el afecto o la mirada indiferente.

Una mañana presiento un alboroto en la esquina. Veo un movimiento extraño. Hombres desconocidos con un látigo en la mano. La gente corre de un lado para otro y da gritos, me avisan algo que no entiendo. "¡Corre Fernando! ¡Corre!" dijo uno, al verme avanzar. No le obedecí, no creí que algo podía ocurrirme.

De pronto me rodearon los hombres de látigo. Los miré como diciendo ¿Qué pasa?

Me echaron un lazo que tomó mi cuello fuertemente y me agitaron en el aire. Di vueltas como en una calesita. Me mareaba. Perdía la noción de todo. De pronto caí dentro de un canasto montado sobre un carro. Estaba lleno de perritas y perri-

tos. Todos asustados. Nadie comprendía nada. El hombre , nuestro amigo ¿qué hace? ¿primero nos vacuna y después nos hace esto?

Divisé a mi amiga, la de la vacuna número dos. Estaba en un rincón. Lloraba y lloraba. Me miraba y lloraba. Triste, asustada, tremendamente sola. Me acerqué y traté de ayudarla.

Mi presencia dentro del camión de la perrera hizo que los amigos salieran del bar e increparan al perrero responsable, ya que yo estaba vacunado, como casi todos los perritos. Pero no querían soltarme. De pronto Tatalo Domínguez, un gran boxeador, no soportó más y con sus manazas apartó a los perreros y abrió la jaula.

Ninguno de los perritos reparó en nada, ya que cuando uno está prisionero, la libertad es un sueño.

Fue entonces cuando le dije a mi amiga: No llores y seguime que la puerta da a la vida.

El mundo desde el camión era gris, ahora se había transformado. Era azul y verde y rosa. Era el mundo de siempre, pero un poco mejor.

Yudhistshira se negó a entrar en el cielo sin su perro, diciendo: "Yo no puedo abandonar a un ser al que tanto he amado."

16 DE CÓMO APRENDIÓ LA TÉCNICA DE LOS COLORES

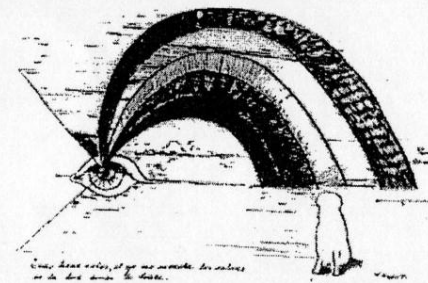
La pintura es la filosofía del ojo.

En los altos del cine tiene su taller René Brusseau. Es luminoso como el taller de todos los pintores, porque para la pintura la luz es fundamental. Todo tiene color, y los tonos pasan de uno al otro, al compás de la luz. Es un verdadero ballet. Los colores son las bailarinas, las sombras los bailarines y van tomando el color de las bailarinas que lo acompañan. Es un juego de espejos.

Las tardes con René fueron fundamentales para mí, comprendí que no hay límites para el color.

El ojo no mezcla los colores, es la luz quien lo hace y los pintores los encuentran mezclados.

Aprendí mucho mirando.



René me hablaba del arco iris. Me decía que no sólo está en el cielo, está en la orilla de un arroyo, en las calles cuando se juntan el agua con una mancha de aceite y hasta en las raíces de los rabanitos. Y nos reíamos los dos.

Esa tarde René pintaba. Me imaginaba a mí dentro del cuadro y las cosas que hacía en él. La imaginación lo llevaba a un delirante estado de creación. Mientras él hablaba y hablaba, empecé a elaborar mi teoría de los colores.

De los tres colores primarios, el amarillo son los sueños, el azul la libertad y el rojo la realidad.

De los sueños y la libertad nace el infinito, que es el verde.

De los sueños y la realidad nace la vida, que es el anaranjado.

De la libertad y la realidad, nace la forma de todo, que es el violeta.

Cuando se juntan todos aparece la imaginación. Y cuando se van, nace la noche, que es mi alegría.

René seguía hablando de mis travesuras en su paisaje.

Me pregunté: ¿Cómo será el color puro? ¿Existe? ¿Acaso es el misterio?

Los hombres tienen los colores del aire que los toca. René es para mí azul, parece de aire. Podría andar por su color, es como su alma, un gran camino.

Mi color, ¿cuál será?

El perro es la conquista más notable, más completa y al mismo tiempo más útil que el hombre ha conseguido sobre la tierra.

CUVIER

17
**DE SUS HIJOS
Y DE SUS PREOCUPACIONES**

Siempre me ocurre lo mismo. Cuando era chico quería ser grande. Ahora que soy grande, quisiera volver a ser chiquito, pero muy chiquito. Creo que la mejor edad es la que se vive sin pensar que se está en ella. Eso ocurre con la primera etapa de la vida, después todo se va complicando.

El amor es una enorme flor tropical dentro de la cual jugamos, sin saber acaso que es tan grande. Entramos en ella y salimos y nada nos duele. En cambio, cuando somos más grandes, quizá el perfume nos embriaga y todo es distinto. Nos cuesta más entrar y salir. Todo se hace menos natural.

Siempre me gustó ser cariñoso, pero hubo un tiempo en que empecé a necesitar cariño. Fue entonces cuando descubrí el amor.

Un relámpago golpeó mi corazón y me atravesaron muchas nubes. Sentí que todo mi cuerpo volaba al simple impulso de mis pensamientos. Todo se hizo distinto. Sentía alegría y soledad, embriaguez en el pecho, calor en los sentidos. Una gran tibieza me cercaba. Entonces me di cuenta que estaba enamorado. Ella era la que mi corazón había elegido.

La luna sobre el río era un enorme plato blanco. Las estrellas allá lejos, parecían ignorarnos. Todo estaba quieto, menos nuestras ansias que saltaban al compás de unos duendecillos. Entonces, casi sin palabras, dijimos todo lo que nues-

tros corazones soñaban. Y era lo mismo. La noche y la luna comprendieron todo. Las estrellas, indiferentes, nos miraron.

Todo estalló cuando decidimos que la vida iba a ser algo compartido desde ese momento en adelante.

Después vinieron los hijos. Al mayor lo llamamos Guazú y a la menor, que era una hembrita, la llamamos Laika, porque era un nombre de moda. Siempre los veo, ya son casi perros, pero no dejan de jugar, porque también son un poco perritos.

Nuestros sentimientos son iguales a aquellos que sienten los hombres, pero menos egoístas.

Nuestros hijos han elegido a la vida como lo máspreciado. Nosotros los soñamos así, son buenos hijos.

Aquella luna de plato sobre el río hace que siempre recuerde los mejores momentos de mi vida.

Siempre he estado rodeado de sueños que hacen cabriolas delante de mí. Jamás me han asustado. Los duendecillos a veces hablan conmigo y me cuenta sus travesuras en el amor. Se instalan en el corazón de los que aman y no se van más. Son los que vencen al tiempo, ese señor con cara de moneda y bigotes que le andan dando vueltas.

El 3 de noviembre de 1957 se lanzó al espacio el Sputnik II, tripulado por una perra llamada Laika.

18 LOS SUEÑOS VAN DONDE SE SUEÑA

Sueño con Laika

La libertad tiene un precio, es la alegría. Nosotros, los perros, somos libres por naturaleza. No nos preocupamos por el poder sino por el vivir. El hombre en su origen se parecía mucho al perro, era libre en sus sueños. La libertad del sueño parece un disparate, pero es una de las pocas actividades no controladas.

La maravilla del sueño es que lo podemos contar si creemos en él. En mi casa tengo un huequito donde los guardo a todos. Les voy a contar el último.

Todo el mundo hablaba de Laika y tuve celos. Seguramente me dormí pensando en ella y así fue como soñé que estaba en la cápsula espacial allá en la profundidad del cielo, cerca del espiral de lo infinito.

No había noche ni día. Todo era penetrante silencio. Lejos de todo, el alma valora las cosas de otra manera.

El infinito no tiene colores. El sonido no tiene melodía. No es muy lindo estar allí y solo.

Cuando Laika me vio llegar, su sonrisa iluminó aquel cielo apagado. Su mirada tomó un brillo muy especial. No me esperaba.

Estábamos juntos, eso era lo importante. La soledad no es buena.

Véamos la Tierra, esa piedra de arena que flota en las tinieblas poblada por nuestros hermanos. Lloramos y reímos. Comprendimos lo lejos que estábamos.

Todos los recuerdos se agolparon de pronto. Fue una lucha tenaz entre la distancia y los recuerdos del corazón. El cielo que nosotros creíamos conocer era un espacio mucho más inmenso. Una inmensidad ciega.

Nos sentimos amigos. Los sentimientos tomaron dimensión desconocida. Casi nos entendíamos con la mirada. Laika, que estaba acostumbrada a la soledad del espacio, parecía más segura. Giró su mirada afuera y todo seguía detenido. La quietud es su sino.

Llegué a acariciar su sedoso pelo. A sentir su latido. A decir simplemente: ¡Laika!

Después todo se desvaneció, comprendí que era un sueño. Pensé en la soledad de Laika. Estaba fuera del tiempo, navegaba en el espacio, fiel a sus sentimientos era feliz.

Me volví a dormir.

Sueño lo que sueña Laika

Laika está sola. La ciencia, el infinito, la rodean. Sabe que el hombre no la descuida. Su voz se ha transformado en un débil eco. Sonríe. No hay vértigo. Todo está suspendido. Recorre con la vista su propio cuerpo y sabe que está allí. Que no es sueño. De pronto se agita. Tuerce el cuello para buscar la voz aquella. Seguramente hay razones para que esté allí. Ella comprende o no, es lo mismo. Está sola. Busca la piedra de arena azul que flota en el espacio. La ve pequeña, lejana, silenciosa. ¡Tan distinta! Siente que alguien la observa, la mide, la compara. Quiere decir algo. Se echa y delecta su pasado. Todo se confunde. Es un flujo y reflujo. Es un ariete golpeando su memoria anterior. Puertas y puertas. Sabe que está poblando el silencio. Su pulso, su sueño, su recuerdo, golpean agujas que quieren saberlo todo. Ella jamás comprendió la medida del tiempo. Su tabla de amor no la abandona. Su condición de hembra hace que sea paciente. La soledad le acribilla los ojos, la mano del hombre acaricia su corazón. Mide su infinita ternura. Comprende su soledad. Y una voz dice su nombre. Se alerta. Se alegra. Se recompone. La ciencia, el infinito la rodean. Laika no está sola.

El perro tiene fe en la veracidad del hombre.

DARWIN

19
**LA MUERTE DE RENÉ BRUSSEAU,
EL MONTE Y UNA PREMONICIÓN**

René, que era azul como el aire, , un día se hizo aire y nos dejó. Partió hacia zonas infinitas. Hacia lugares donde habita lo bueno.. No se despidió de nadie. Partió una mañana llena de luz, hacia una inmensa paleta de colores.

Llevaron su cuerpo al Fogón. Eran las 10 de la mañana. Todos se sorprendieron cuando me vieron llegar. Jamás el Fogón había abierto por la mañana, a esa hora se duerme después de las traspachadas charlas. René, que amó tanto la luz, hizo que el Fogón la descubriera en su partida.

Me acosté debajo del catafalco que contenía el cuerpo de René, no me moví hasta el otro día, en que lo llevaron al cementerio.

Me invadió la tristeza como nunca. Desaparecí de la ciudad por unos días. No quería que me vieran. Quiero dar alegría, aunque mi corazón esté triste. Pero cuando la tristeza me gana, entonces me echo a correr y me refugio en el monte.

En el monte también tengo mi huequito. Las hojas color cobre desprenden un olor que acompaña mi tristeza sin lastimarla. Y me quedo allí, hasta que mis pensamientos se calman. Me tiene que ganar la alegría y otra vez la vida vuelve a contentarlo todo.

Cuando quedé solo conmigo mismo, comprendí lo mucho, la cantidad de años que había vivido. Que el dolor y las penas, como la alegría y el dar, van gastando la vida.

Comprender todo es una sensación de inmensidad. Es ver el mar por primera vez. Todo se empequeñece, los valores pierden su peso y los gana el olvido. Sólo los recuerdos en los que jamás reparamos en su momento tienen grandiosidad. El vuelo de un pájaro. La sensación de vida que nos dio el agua. La tibieza de la tierra aquella tarde. El sabor de una fruta. El viento golpeando aquél viejo postigo. El pan mojado en leche.

El olor del bosque es una mezcla de laurel, hongos, palo santo, incienso. Se viene haciendo a través de los años, como uno. Las plantas jóvenes tienen hojas más transparentes y lustrosas que las cortezas viejas. Lo mismo ocurre con los animales.

¿Vieron el brillo que despiden un chico y lo opaco que son los grandes?

Una tarde se calmó ese fuego que me devoraba. Comprendí que era tiempo de volver.

El perro tiene alma.

ZEND - AVESTA

20
**DE SU MUERTE
ENTIERRO Y GLORIA**

Aquella noche regresé cansado y no encontré a nadie. La ciudad estaba quieta, como detenida en un tiempo diferente. No vi a ningún amigo. Me quedé entre un árbol y el cordón de la vereda. Todo se desvanecía ante mis ojos. Fue una sensación extraña y nueva, como si una pesadez inundara todo mi ser. Un ensueño fue cerrando mis párpados, que cayeron como un viejo telón.

Después fueron apareciendo, en visiones sucesivas, los sentimientos más queridos, hasta que una niebla lo cercó todo y me dejé allí. No pude sentir más. Estaba quieto. Seguro de ser el mismo que fui durante toda mi vida.

Alguien me encontrará y dirán entonces: Fernando partió. Tampoco importa eso. Sí importa quedar en la memoria de todos. Un perro no hace la condición perruna, como un hombre no hace la humanidad. Es algo que la vanidad jamás podrá entender.

Seguiré viviendo en cada ladrillo. Estaré en la alegría que salta para encontrar la mano amiga. Seguiré siendo Fernando como siempre.

Un camino infinito —que toca casi el cielo, que llega más allá de las razones, que sólo entiende y responde a los sentimientos— me hace libre, andariego.

Un camino profundo donde no existe el odio, ni la mentira, ni tantas cosas que rechacé en la vida, donde la verdad y la igualdad te hacen gustar el valor de ser libre.

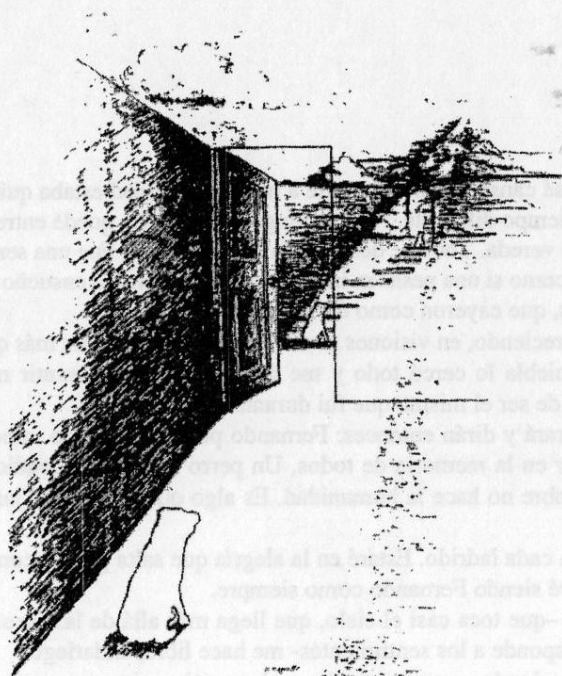
Los hombres, verdaderos héroes de este tiempo, serán los primeros en encontrar ese camino.

Esta hermosa piedra azul que llamamos Tierra, la gran madre de todos nosotros, hallará la paz, la alegría y el amor cuando todos comprendan que el único camino es como el vuelo de un pájaro, que no deja huellas en el cielo. Es navegar en la verdad, vencer al dolor. Dar y dar hasta que nadie pida. Es un mundo sin sed. Entonces el hombre vivirá en plenitud, y todo lo que lo acompaña sentirá el influjo de una vida plena.

Escuché palabras y sentí lágrimas. Sé que hablaban de mí. De pronto todo se calmó.

Me encontré en un camino desconocido. Sin moverme, vi que me alejaba, saltando como siempre de alegría.

¡Allí estaré cuando me busques!



Me encontré en un camino desconocido.
"Allí estaré cuando me busques!"

Por todas esas cosas, yo no sé, pienso que puede existir la reencarnación del ser humano en un animal, siempre que el ser humano haya sido bueno, por supuesto.

FERNANDO ORTIZ

VIAGE ARGENTINO:
RESISTENCIA, LA CIUDAD QUE
TIENE JUVENTUD DE CORAZÓN

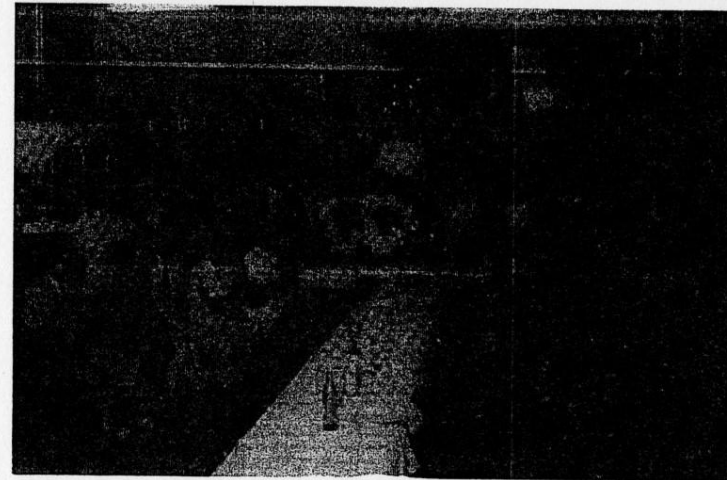
3

(Lo en enviado especial)
LA PRENSA
domingo 6 de mayo, 1956

DOCUMENTOS Y TESTIMONIOS

**VIAJE ARGENTINO:
RESISTENCIA, LA CIUDAD QUE
TIENE JUVENTUD DE CORAZÓN**

(De un enviado especial)
LA PRENSA
domingo 6 de mayo, 1956



Aprendí mucho mirando.

...Esta ciudad con “ángel”, acaso por el verdor de sus años, mira hacia adelante y está de regreso de muchas cosas. Es probable que sus hombres intuyan aquello de que “la fama es nada más que una suma de equívocos”, y entonces han hecho de Fernando un personaje célebre. Un perro que no es vagabundo sino bohemio, silencioso y a veces circunspecto. Resistencia, suerte de “enfant terrible” entre las ciudades argentinas, ama a Fernando y lo protege, y en torno de él ha creado mitos y leyendas y también historias con acento de verdad.

Por ejemplo, las que les conceden crédito a sus inclinaciones por la música, el teatro y las reuniones sociales.

Fernando está en todas partes, y los “resistentes” dicen, con aire zumbón, que cuando el extraño personaje se retira de un concierto, una función, un baile o de una conferencia, el juicio general coincide en la apreciación de la mala calidad del espectáculo. Fernando, en fin, es el primer personaje de Resistencia que tiene un monumento en vida. Está en la entrada del nuevo edificio de “El Fogón de los Arrieros”, una entidad de indefinible carácter, que puede, acaso, dar la clave para interpretar el espíritu de esta ciudad con ánimo festivo...

¿UN PERRO SOBRENATURAL? IMPRESIONES EN LIBERTAD

por Emilio Novas
EL TERRITORIO de Resistencia

...esta ciudad con "furo", acaso por el valor de sus años, una faceta sobria
esta de negro de muchas cosas. Es probable que sus puntos interseccionen
que "la luna es nada más que una suma de equívocos", y entonces han hecho
la forma de un personaje cálido. Un perro que no se veía sino dentro
dentro y a veces desaparece. Resonancia, aunque "cualquier" con la
indaga, alguna, una a forma y lo que, y en tanto de la ciudad
unos y leídas y también historias con acacia de verdad.

Por ejemplo, las que les conceden crédito a sus inclinaciones por la historia, el
tanto y las razones sociales.

Formado está en todas partes, y los "testamentos" dicen, con sus rasgos, los
ando al estudio personal de una de sus cosas, una función, un país o de
una naturaleza, el punto general, aunque en la especificación de la mala calidad
del espectáculo. Formado, en fin, en el punto personal de la historia, pero tiene
un momento en vida. Está en la cabeza del nuevo edificio de "El Poder de los
Años", una ciudad de indolente carácter, que puede, acaso, dar la clave para
interpretar el espíritu de esta ciudad con ánimo festivo.



1954

*Quiero dar alegría, aunque
mi corazón esté triste.
Pero cuando la tristeza me gana,
entonces me echo a correr
y me refugio en el monte.*



*Comenzaran conmigo. De allí
que tengo la patente N° 1.
Siempre soy el primero
al que vacunan.*

Ovidio, Virgilio, Shakespeare, Walter Scott, Spencer, Axel Munthe y tantos otros han dedicado a los perros páginas imperecederas. Los perros fueron considerados como animales sagrados por algunas tribus. Castigarlos significaba un sacrilegio que era severamente juzgado. En algunos casos se les atribuía origen divino y hasta creían que descendían de un perro alado. Sería interminable la ronda de los perros célebres y anónimos que dejaron huella imborrable. Pero, ¿para qué ir a buscar epígonos a la historia, a la leyenda o la literatura, si tenemos aquí, en Resistencia, a un perro que ya es legendario y en cierto modo sobrenatural? Una vez contábamos alguna de las hazañas “humanas” de este animalito – cuando todavía no conocíamos la mayor parte de ellas– y alguien nos replicó con el énfasis que pone siempre la ignorancia disfrazada: “Ese perró no existe más que en tu imaginación”. Estamos hablando –ya se ha advertido– de Fernando, ese perro anárquico y sensible, sencillo y sociable, que parece tener un canino don de ubicuidad por cómo está puntualmente en todas partes.

Hoy podemos agregar episodios nuevos a los ya sorprendentes que conocíamos. No hace mucho, un compañero de redacción pronunció una conferencia en la Biblioteca “Leopoldo Herrera”. Contra sus hábitos, Fernando llegó un poco tarde. Se explica. Son muchos los compromisos a que le obliga su pulcro sentido de la amistad y de la urbanidad. Avanzó hasta el estrado. Saludó primero a las autoridades con un leve, discreto movimiento de cabeza. Enseguida se acercó al conferenciante y le rozó suavemente la pierna con el hocico gentil. Eso fue todo; como tenía que cumplir con otras instancias de la buena convivencia, no se quedó a la disertación. Y supo excusarse con delicadeza. Aunque la verdad es que Fernando prefiere los conciertos.

Bien conocen los habitantes de esta ciudad la vida y milagros de este perro excepcional. Pero ahora se trata de destacar un nuevo gesto. Fue durante el velatorio del pintor René Brusseau. Nadie puede explicarse, con los razonamientos comunes, cómo apareció Fernando en la escuela donde falleció repentinamente el artista (no nos queda otro recurso antiguo que el de encogernos de hombros ante lo incomprensible). Allí permaneció, con visible inquietud, yendo de unos a otros, "como diciendo algo", como buscando el diálogo. Más tarde, cuando los restos de Brusseau fueron trasladados al nuevo Fogón de los Arrieros, ya estaba allí Fernando. Desde ese instante cumplió una guardia permanente, sin comer ni beber, día y noche, hasta la hora del sepelio. Y se le vio seguir unas cuantas el cortejo, perdiéndose recién al llegar a la Catedral.

Siempre hay zonas que permanecen como vedadas a nuestra comprensión. Al llegar a ellas, sólo son posibles algunas hipótesis. Traspasamos las esferas del conocimiento hasta más allá de los lindes ordinarios y extraordinarios, nos introducimos en las perspectivas más remotas, descorremos los velos de la conciencia y la subconciencia, llegamos hasta los ocultos trasfondos del alma, dominamos el tiempo, el espacio, la materia; nos hacemos todopoderosos... Pero hay TODA VÍA regiones misteriosas —digámoslo así— que no descifra nuestra razón, ni aun por los senderos de la metafísica. ¿Será que nos invalida el prejuicio de sentirnos superiores a los animales cuando todavía no alcanzamos a ser superiores dentro de nuestra propia especie? "Mucho más incomprensible sería la naturaleza humana si no existieran los animales", dijo Buffon. ¿Quiere decir que los "irracionales" existen para esclarecer la complejidad de la vida humana? Nos perderíamos en divagaciones, aun apoyados en las observaciones más atrayentes y penetrantes. Lo cierto es que el comportamiento de Fernando —en la ocasión que recordamos— está más allá de lo que capta nuestro entendimiento limitado.

Es lamentable que no podamos conversar con Fernando.

Artículo aparecido en
EL TERRITORIO, de Resistencia,
el 29 de mayo de 1963

*Cómo me gustaría charlando
con ellos, ahora, que casi
soy grande.*



Apareció un día cualquiera, hace casi 10 años atrás, en el amplio salón del que fuera Bar de los Bancos, aquí en Resistencia. De cuerpo más bien reducido, pelo blanco, relativamente corto y áspero, con algún desaliño, paseó su figura entre los parroquianos y quedó luego allí con su mansa mirada perdida en un punto indefinido, como se lo vio después tantas veces. Uno de aquéllos lo llamó Fernando, como pudo decirle Tom. Era un perro, al fin de cuentas, y cabía preocuparse por dar con un nombre determinado. Afirman que ese día respondió al llamado con un ligero movimiento de cabeza. Pero volvió al lugar una y otra vez con el correr del tiempo. Y, claro está, se acostumbró a ser Fernando; a caminar por las calles de la ciudad, a tener amigos, a vivir y a entrar en el ámbito de la popularidad, siendo Fernando.

No era un perro trashumante, sin personalidad, común, del montón. Poseía cualidades extraordinarias, en cambio, para saber comportarse en las reuniones sociales, en los sitios públicos, en los festivales artísticos a los que concurría sin hacer ruido, silenciosamente, guardando ejemplar corrección.

Mirándolo andar y estar en esos lugares con tanta compostura, se daba razón a Homero y Virgilio, que ensalzaron tantas veces las condiciones íntimas del perro, su inteligencia, su adecuada ubicación en el medio humano. No en vano el gran Sócrates juraba por su perro, y otras extraordinarias figuras de distintas épocas elogiaron a ese exponente del mundo zoológico como una expresión pronunciada de "entendimiento, saber y nobleza".

Fernando, al decir de un periodista extranjero que llegó aquí exclusivamente para escribir una nota en torno de lo que de él sabía la gente, movió el interés de millares de personas, dentro y fuera de nuestras fronteras. Y sin propósitos efectistas, ni finalidad sensiblera, destinó varias carillas a la tarea de mostrar "la extraña figura de un perro que en Resistencia (Chaco) sabía actuar como un gran señor, digno en su pobreza, recto en sus intenciones, discreto amigo de hombres y mujeres, bondadoso con los niños".

Perdónesenos, pues, si hemos ocupado este pequeño espacio
—¡cuánto exigen permanentemente los dictadores para mantener sometidos a sus pueblos!— en el deseo de referirnos nosotros también a Fernando. Pero, es que acaba de irse definitivamente; casi cubierto el ciclo de vida de un perro, vencido por los achaques de la vejez, murió ayer, no sin haber sido atendido durante varios días por un médico veterinario.

En el ámbito de El Fogón de los Arrieros, cuya sede tuviera muchas noches como cordial refugio, los restos de Fernando recibirán sepultura hoy a las 19 horas. En la oportunidad hablarán la señora María Estela de Champion y el doctor Horacio Rivero Sosa. Las autoridades de la institución informaron que al acto pueden concurrir cuantos deseen hacerlo.



*Por eso soy amigo de los niños,
de las flores, de algunos
animales y de ciertos hombres*

**POEMA recitado por
Graciela Rossini Degani
en el sepelio de Fernando
29 de mayo de 1963**

MUERE FERNANDO

Fernando, con su tímida
e ilustre voz, con su célebre
y valiente mirada, con su bello
y fuerte pompón refugiado
en su hocico, con su roja y
amada boca.
Con su ardiente y fuerte bozal
del que cuelga una medalla
de oro.
Con sus inquietas garras lastimadas
de tanto andar.
Con su gloriosa cola moviéndola,
contenta y vagabunda.
Con su suave y tibio pelaje.
Fernando era el más fiel
de los perros de Resistencia.
Su refugio era el Fogón de
los Arrieros en las noches frías
y en las tibias.
Era amigo de los niños, de los
hombres y mujeres de toda
Resistencia.
Recorría las calles de tierra y
tristes, los pavimentos suaves.
Era hermano de todos los
canes de este lugar.
Era en las familias el rey.
Los murales, bandos y palmeras
de la plaza 25 de Mayo eran
también su cuna.
Y así, un día como todos,
saludando alegre y dócil
partió a su lecho. Allí en un
instante, alejado de todos sus
hermanos, murió.
Todos por él lloramos y estamos
de duelo, por el rey de nuestro
pueblo, que vuelve a nacer
frente a su bello
retrato de piedra, esperando nuestra visita.

**Discurso del Dr. Rivero Sosa,
director de cultura,
en el sepelio de Fernando
29 de mayo de 1963**

MUERE FERNANDO
Fernando, con su timbre
e linaje vos, con su celestia
y valiente mirada, con su bello
y fuerte pensamiento reflexivo
en su boca, con su raja y
suavidad boca.
Con su ardiente y fuerte boca
del que cuelga una redonda
de oro.
Con sus inquietas garras barbaudas
de tanto andar.
Con su gloriosa cola moviéndose,
contando y vagando.
Con su suave y tibio pelaje.
Fernando era el más fiel
de los perros de Resistencia.
Su refugio era el Fojón de
los Arroyos en las noches frías
y en las nieves.
Era amigo de los niños, de los
hombres y mujeres de toda
Resistencia.
Recorría las calles de tierra y
triste, los pavimentos suaves.
Era hermano de todos los
corros de este lugar.
Era en las familias el rey.
Los muchachos, bandos y panderos
de la plaza 25 de Mayo eran
también su casa.
Y así, un día como todos,
estirándose sobre y dócil
perdió a su lecho. Allí en un
momento, dejado de todos sus
hermanos, unido.
Todos por él lloramos y estancos
de duelo, por el rey de nuestro
pedregal, que vivió a rasca
hasta a su bello
retorno de piedra, exponiendo nuestra vida.



Cuando quedé solo conmigo mismo, comprendí lo mucho que había vivido.

Señoras, señores:

La especie canina ha tenido hasta ahora sus héroes, sus mártires y sus santos. El perro que lamía las llagas de San Roque; el de Alcibíades, al cual éste le cortó la cola por vanidad; el de Guillermo el Taciturno, que presentaba a los enemigos; el superaristocrático de María Estuardo, o aquel otro de lord Byron, con su tumba y su epitafio, serían suficientes como citas de lo que deseamos expresar ante el cadáver de Fernando. Pero he aquí que nos inquieta Ricardo Monner Sans, con su "Perrología", en la que nos habla del afecto perruno de Homero y de Sócrates; de la decadencia de Roma, señalada en la moda de los perros falderos por la cáustica verba de Cicerón.

Todo esto nos hace rememorar a Plutarco, que al referirse a la vida de Catón recuerda que había perros privilegiados de dueños privilegiados que tenían tumbas en cementerios especiales. Los perros de Ulises recordados por el poeta Enrique Banchs, que tenían la facultad de percibir la presencia invisible de las divinidades del Olimpo.

Graham Greene habla de lo que sería el mundo si los perros pudieran pronunciar discursos, aullar poemas y reflexionar sobre derecho, teología y humanismo. A lo que yo agrego: ¡qué dirían de la medicina veterinaria y de los veterinarios!

Pío Baroja hace decir a uno de sus personajes que los perros no hablan porque no quieren; no quieren aumentar la cháchara de los hombres.

Es verdad lo que dice González Arrilli: "El perro es un animal que ocupa un lugar de privilegio. Autores de los más diversos países y de todos los idiomas lo llevaron a sus libros".

Señoras y señores: ha desaparecido la figura de Fernando y por eso nos hallamos aquí. No estamos frente a un hecho vulgar de la muerte de un *canis vulgaris* más o menos querido, ya que Fernando... ¿Quién fue Fernando?

Los perros tienen sus héroes y sus mártires, sus santos y sus criminales, sus aristócratas y sus vagos, vagos sin nombre, de esos que recolecta la perrera municipal, o de aquellos otros que andan por los campos husmeando carroñas, sin olvidarnos de los ascéticos perros de los indios. Fernando nada de eso fue en su vida o tal vez el compendio, la suma de todos ellos.

Lo indudable es que hubo en su sangre glóbulos de aristócrata y de vago, de santo y de mártir. Sí, de mártir, porque a él también lo alcanzó a morder el Mondo-Cane: una vez alguien le arrojó agua hirviendo y le llagó las carnes. ¿Cómo es que no lo sabías, pobre Fernando, que el perro es el más fiel y cariñoso amigo del hombre? Tenías que saberlo, ya que eras ilustrado, que concurrías a cuanta conferencia, recital, exposición o concierto, aunque a veces gruñías tu disconformismo o te revolcabas desesperado preguntándote acaso: ¿Adónde va el hombre? ¿Qué busca el hombre? ¿Qué quiere el hombre, que es el rey y señor de este mundo?

Y no hallabas paz y entonces te ibas a la plaza a jugar con los niños que eran, eso sí, tus amigos cariñosos y fieles, o bien marchabas a distraerte mirando con disciplina las vanidades del mundo, en casamientos, fiestas, recepciones... En el prólogo de un libro de canicultura leí una vez que en el Vendidad, o sea la parte más antigua del Zend-Avesta, se dice: "El mundo subsiste gracias a la inteligencia de un perro".

Siempre me pareció excesiva esa afirmación, como también la literatura que exalta la vida y las hazañas de perros. Hasta que conocí a Fernando.

Si ya entonces no cambié radicalmente de opinión, nació en mí la duda. Duda frente a la realidad concreta, realidad de la existencia y de la presencia de Fernando: *animalis* en forma de can, que trascendió la especie de los cánidos para proyectarse hacia la especie humana, como el genio entre los hombres trasciende la especie humana para proyectarse a la esfera de los dioses.

Todos los años iniciábamos la vacunación contra la rabia y el patentamiento de perros con Fernando, a quien le adjudicábamos la patente número uno.

Señor Comisionado Municipal: en nombre del Fogón de los Arrieros, del cual Fernando era un cofrade sin llave, le pido que en lo sucesivo no se expida más la

patente de perro número uno. Que se la reserve simbólicamente todos los años en homenaje a él, que fue un perro que representaba no sólo al Fogón sino al pueblo de la ciudad de Resistencia, y fuera de nuestro ámbito, a todo el Chaco.

Lo representaba en su inquietud de cultura y en su sed de belleza. La luz de sus ojos lo proclamaba, cuando miraba hacia arriba, hacia la altura, como queriendo desasirse de su envoltura perruna para alcanzar una promesa de felicidad acaso no hallada entre los hombres.

Fernando: hoy comenzará tu leyenda, tal vez como la de los héroes antiguos, con un poema escrito por algún poeta elegíaco en el que se narrará tu vida y tu muerte... que, yo lo sé, fue un secreto y voluntario renunciamento, un refinado dejarse morir.

Ahora tal vez libre de este mondo-cane, les está ladrando un poco chacotonamente a Mena y a Benavente, mientras nosotros realizamos repitiendo lo que decía Plutarco de la vida de Catón: que en su época se enterraba en cementerios especiales a perros privilegiados de dueños privilegiados... El dueño de Fernando era un gran señor: el pueblo de la ciudad de Resistencia.



Amistad y amor son los actos
que deshacen las tinieblas
y el misterio.

Resistencia. En la última entrevista con una reportera a la Casa de Gobierno y cuando en el Hotel Colón, así todos los días, todas las semanas y los años. Andaba de paseo, así llegó a pertenecer a esta ciudad como los locales de la plaza central a los locales del almirante. O como un habitante más, sin embargo, los blancos y negros. De él se esperaba los diálogos, el comentario popular, los cuentos de los niños. Se llamaba Fernando y había logrado convertirse en una presencia y un símbolo. Era un perro, un perro blanco y negro. Le gustaba echarse a dormir a los pies de algún amigo, jugar con los niños. Fernando, como en una historia de la infancia, terminó por ser una leyenda. A cualquier hora se lo veía por las calles de Resistencia, siempre había una mano que acariciaba su cabeza, siempre una exclamación, un saludo. Cientos vez llegó hasta el sillón de un dentista, le entregaron dos manzanas. En una oportunidad sirvió a una fracción de galleta, en un momento de una fiesta patria, y estuvo en el escenario, sereno, como un espectador más. Fue un regalo que vivió en Resistencia por un tiempo. Ahora Fernando está y sin haberse cambiado el aspecto de tan indolente personaje. Ahora Fernando no muere y se dejó a la ciudad sin un lugar fijo y se expresó de bondad. Lo enterraron en el Panteón de los Argentinos, donde tantas veces cruzó en busca de silencio. La leyenda de Fernando cobrará más fuerza desde hoy. En el fondo, una leyenda de humanidad.

ENTERRARON A FERNANDO, EL PERRO DE RESISTENCIA QUE LLEGÓ A SER INFALTABLE AMIGO DE LA CIUDAD

LA RAZÓN,
jueves 30 de mayo de 1963.

Resistencia. En la última entrevista con una reportera a la Casa de Gobierno y cuando en el Hotel Colón, así todos los días, todas las semanas y los años. Andaba de paseo, así llegó a pertenecer a esta ciudad como los locales de la plaza central a los locales del almirante. O como un habitante más, sin embargo, los blancos y negros. De él se esperaba los diáspora, el conocimiento popular, los cuentos de los niños. Se llamaba Fernando y había logrado convertirse en una presencia y un símbolo. Era un perro, un perro blanco y negro. Le gustaba echarse a dormir a los pies de algún amigo, jugar con los niños. Fernando, como en una historia de la infancia, terminó por ser una leyenda. A cualquier hora se lo veía por las calles de Resistencia, siempre había una mano que acariciaba su cabeza, siempre una exclamación, un saludo. Cientos vez llegó hasta el sillón de un dentista, le entregaban los niños. En una oportunidad atravesó a una fracción de calle, en un momento de una fiesta patria, y estuvo en el momento, seamos, como un espectáculo más. Fue un viaje que vivió a Resistencia por la vía del río, un río y sin haberse cansado el recuerdo de tan íntimo momento. Ahora Fernando no muere y se dejó a la ciudad sin un lugar fijo y se expresó de bondad. Lo enterraron en el Panteón de los Argentinos, donde tantas veces cruzó en busca de silencio. La leyenda de Fernando cobrará más fuerza desde hoy. En el fondo, una leyenda de comunidad.

ENTERRARON A FERNANDO, EL PERRO DE RESISTENCIA QUE LLEGÓ A SER INFALTABLE AMIGO DE LA CIUDAD

LA RAZÓN,
jueves 30 de mayo de 1963.

Resistencia. Su itinerario comenzaba con una recorrida a la Casa de Gobierno y concluía en el hotel Colón: así todos los días, todas las semanas y los años. Andaba despacio; así llegó a pertenecer a esta ciudad como los rosales de la plaza central o los focos del alumbrado. O como un habitante más, sin enemigos. Era blanco y noble. De él se ocuparon los diarios, el comentario popular, los cuentos de los niños. Se llamaba Fernando y había logrado convertirse en una presencia y un símbolo. Era un perro, un perro blanco y noble. Le gustaba echarse a dormir a los pies de algún amigo, jugar con los niños. Fernando, como en una historia de Hoffmann, terminó por ser una leyenda. A cualquier hora se lo veía por las calles de Resistencia; siempre había una mano que acariciaba su cabeza, siempre una exclamación, un saludo. Cierta vez llegó hasta el sillón de un dentista: le emplomaron dos muelas. En otra oportunidad asistió a una función de gala, en vísperas de una fiesta patria, y estuvo en el escenario, sereno, atento, como un espectador más. Ningún viajero que viniera a Resistencia podía pasar sin conocerlo y sin llevarse consigo el recuerdo de tan insólito personaje. Ahora Fernando ha muerto y ha dejado a la ciudad sin su andar lento y su expresión de bondad. Lo enterraron en el Fogón de los Arrieros, donde tantas veces entró en busca de afecto. La leyenda de Fernando cobrará más fuerza desde hoy. Es, en el fondo, una leyenda de humanidad...

-¿Cómo conoció a Fernando?
-En 1951 me hallaba en el bar "Los Bancos", frente a la plaza, cuando se me acercó un joven blanco, chico. Los meses me preguntaron si molestaba y me preguntó que no. A mí siempre me gustaron los chicos. Particularmente al tal Fernando, cuando allí me siguió al Hotel Colón, donde residía. A la mañana siguiente lo encontré bajo la cama y lo besé y me siguió. Así nació nuestra "relación". Yo cantaba en una orquesta, en "Los Bancos", y él permanecía detrás del piano. Fernando la actividad me acompañaba al "Viejo Rancho". No se separaba nunca de mí. En una oportunidad hubo una reunión de artistas. El punto, por entonces estaba en alto, se volvió junto a mí en la parte de la mesa. Los músicos y actores decidieron ponerle un nombre, por una identificación que él mostraba con un pasaporte.

-¿Cómo vivió Fernando?
-La primera noche los presenté y él se fue. Creo que eso es lo que ocurrió. En la mañana, era como los domingos. Tanto amigos en todos los bares, los amigos. Después en la mañana del Hotel Colón, de allí se fue al Banco Nación, donde había un negocio que lo quería mucho. A la hora de la tarde del negocio, el punto los distinguía a un despacho y el gerente podía ir a verlo. Él y otra familia Fernando, con modales, en el barrio de estación de ferrocarril en un negocio entre los edificios frente al ferrocarril. El movimiento de gente era intenso para nada lo molestaba. Mientras tomaba un poco de sol. Después fue a comer a un copetín, "El Molidito", al lado del ferrocarril. La gente se hacía en casa del doctor Raggiado, que lo cuidó mucho. A veces optaba por el Club Progreso. Pero lo fundamental para él era la noche. Recuerdo el "Los Bancos", un copetín al lado del Club Social y al lado del teatro, luego donde luego el punto se movía. A mí me parecían un buen negocio. La música lo acompañaba. Si no lo gustaba la actuación de un artista, lo iba y con que la gente lo seguía. De vez en cuando visitaban en su estudio a un gran piano y amigo, René Brunsen, sobre el cine "Argentino". Por tanto se hizo amigo de René y me acompañaba a verlo. Otro de sus amigos fue el escritor Víctor Martínez, antes de la figura de Fernando estaba en un momento. Víctor hizo la relación mucho antes de que Fernando existiera. Era Juan de Dios Martín fue el Pío de los Amigos. La relación Fernando tenía un gran sentido de la amistad.

-¿Amigos?
-Son muchos. Tanto amigos por lo artista. En una oportunidad me fue el Carlos Polidoro ofreció un recital, cuando a la sala Fernando por el apoyo de los amigos precisamente en el momento en que la dirección del coro, señores de

**Reportaje a Fernando Ortiz,
ex cantante de boleros
que recaló en Resistencia
allá por 1952.**

—¿Cómo conoció a Fernando?

—En 1951 me hallaba en el bar “Los Bancos”, frente a la plaza, cuando se me acercó un perrito blanco, chico. Los mozos me preguntaron si molestaba y respondí que no. A mí siempre me gustaron los perros. Permaneció al lado mío, cuando salí me siguió al hotel Colón, donde residía. A la mañana siguiente lo encontré bajo la cama y lo bañé y me siguió. Así nació nuestra “relación”. Yo cantaba en una orquesta, en “Los Bancos” y el perro siempre dormía detrás del piano. Terminada la actuación, me acompañaba al “Viejo Rincón”. No se separaba nunca de mí. En una oportunidad hubo una reunión de artistas. El perro, que por entonces tendría un año, se sentó junto a mí en la punta de la mesa. Los músicos y mozos decidieron ponerle mi nombre, por esa identificación que él mostraba con mi persona.

—¿Cómo vivía Fernando?

—Le gustaban mucho los picantes y el azúcar. Creo que eso es lo que aceleró su muerte. En la amistad, era como los humanos. Tenía amigos en todos lados, pero los elegía. Dormía en la entrada del Hotel Colón; de allí se iba al Banco Nación, donde había un gerente que lo quería muchísimo. A la hora de entrada del personal, el perro iba directamente a su despacho y el gerente pedía un café con leche para él y otro para Fernando, con medialunas. En el horario de atención bancaria dormía en un hueco entre las baldosas frente al Sorocabana. El movimiento de gente era intenso pero nadie lo molestaba, mientras tomaba un poco de sol. Después iba a comer a un copetín, “El Madrileño”, al lado del Sorocabana. La siesta la hacía en casa del doctor Reggiardo, que lo cuidó mucho.

A veces optaba por el Club Progreso. Pero lo fundamental para él era la noche. Recorría el “Los Bancos”, un copetín al paso, Sorocabana, el Club Social y si se oía música, fuese donde fuese, el perro se acercaba. A mí me parecía un ser humano vestido de perro. La música le encantaba. Si no le gustaba la actuación de un artista, se iba y creo que la gente lo seguía. De vez en cuando visitábamos en su atelier a un gran pintor y amigo, René Brusseau, sobre el cine “Argentino”. Fernando se hizo amigo de René y me acompañaba a verlo. Otro de sus amigos fue el escultor Víctor Marchese, autor de la figura de Fernando colocada sobre su tumba. Víctor hizo la estatua mucho antes de que Fernando muriera. Con Juan de Dios Mena iba al Fogón de los Arrieros. Le repito: Fernando tenía un gran sentido de la amistad.

—¿Anécdotas?

—Son muchísimas. Tenía afición por lo artístico. En una oportunidad en que el Coro Polifónico ofrecía un recital, entró a la sala Fernando por el acceso de los artistas precisamente en el momento en que la directora del coro, señora de

Elizondo, marcaba la iniciación de la actuación. El perro dio una vuelta por el escenario y se acurrucó en un costado para escuchar al coro.

Otra vez, irrumpió en escena para lamer la cara a una actriz, Delma Ricci, que representaba una escena en la que sufría la amenaza de un hombre-lobo. Allí acabó la función. Fue extraordinario.

Cuando lo invitaban a una mesa y le acercaban una silla, él seguía la conversación mirando a una u otra de las personas que hablaban. Una noche hacía mucho frío y se me ocurrió darle azúcar con grapa. Al principio no le gustó pero al rato comenzó a repetir las raciones.

Cuando terminó no se podía bajar de la silla. Estaba ebrio, y caminaba como caballo en desfile de 25 de Mayo, de costado.

—¿Nadie lo hizo daño?

—En el bar Japonés lo cortaron con una cuchilla fiambarrera en el cuello y le tiraron agua caliente. Se le infectó y tuvo que intervenir el doctor Pipo Reggiardo. Lo llevaron al Club Progreso. Allí tenían un lugarcito acondicionado para él. Estuvo bien cuidado y el deplorable hecho sirvió para demostrar cuánto quería la gente a Fernando. El Club tuvo la gentileza de poner dos teléfonos para atender los llamados de quienes se preocuparon por saber cómo estaba Fernando. Para esa solidaridad con Fernando no había horarios y el teléfono sonaba a cada instante, mañana, tarde y noche. La razón del atentado a Fernando fue que estaba en amor con una perrita de raza y los dueños de ésta eran incomprensivos.

En otra oportunidad Fernando, pese a tener la chapa número uno de la campaña antirrábica, fue llevado por la perrera; lo metieron medio dormido en el camión. Tatalo Domínguez, que era boxeador chaqueño y poseedor del título argentino, recriminó, junto a otras personas, a los perreros que lo apresaron. Discutieron y finalmente rescataron a Fernando y soltaron a los restantes perros, que se metieron en el Sorocabana.

Yo no me preocupaba por bañarlo y a él no le gustaba. Por la mañana andaba sucio pero por la tarde aparecía blanco. Hasta que se despejó la incógnita: una mujer, que nunca dio su nombre, lo atendía. Y lucía bien, elegante y arrogante como un hombre de la noche. Era un bohemio blanco.

—Una reflexión sobre qué era, qué significó Fernando...

—Cuando murió yo no fui al sepelio. Los choferes de la plaza vinieron a mi casa a buscarme, extrañados por mi ausencia ya que ellos decían que el perro era como un hijo para mí. Muchas veces esos choferes aproximaban a Fernando a lugares en los que yo actuaba y a los que no podía llegar o no me encontraba. Pero no

pude ir al sepelio. Por muchas cosas que sé de Fernando, pienso que puede existir la reencarnación del alma de un ser humano en un animal, siempre que el ser humano haya sido bueno, por supuesto. Fernando dejó dos descendientes. Físicamente son iguales a él, pero están domesticados y son distintos a lo esencial de Fernando.



¡Si es el hijo que lleve su nombre!



Uno de los muchachos se dio cuenta de que algo me pasaba y al tocarme la boca yo chillé. Entonces, con esa suavidad que los hombres tienen cuando se lo proponen, me abrió la boca, me miró y dijo: — ¡Fernando tiene una muela picada!

puede ir al trabajo. Por muchas cosas que se de Fernando, pienso que puede existir la resistencia del alma de un ser humano en un animal, siempre que el animal sea capaz de pensar, por supuesto. Fernando tiene dos descendientes. Placido y María. Placido es el perro más domesticado y son distintos a lo esencial de Fernando.

3



Así es el hijo que lleva su nombre



Este es el más pequeño de los tres hijos de Fernando. Placido es el más pequeño y María es la más grande. Los tres son muy inteligentes y muy cariñosos.

El mundo, siempre la inocencia de la infancia. El perro dice una vez por la semana y se acostaba en un estado para escuchar al conejo. Otra vez, interrumpido en varias partes para hacer la casa a una actriz. Deina Ricci, que representaba una escena en la que había la amenaza de un hombre loco. Allí estaba la función. Fue extraordinario. Cuando lo invitaban a una mesa y le hacían una entrevista, él seguía la conversación mirando a una o otra de las personas que hablaban. Una noche había un niño y se me acordó de la escena con gracia. Al principio no le gustó pero al rato comenzó a repetir las palabras. Cuando terminó de se podía hacer de la vida. Como un caballo en el día de 15 de

LA CASI INCREÍBLE HISTORIA DE FERNANDO, EL PERRO DE RESISTENCIA

por Cristina Prieto
Revista «AGRO NUESTRO»

En el bar japonés lo conocí con una cachorra también en el cuello y la di un nombre. Se lo dio a la cachorra. Lo llevaron al Club Progresista. Lo llamaron Fernando. El Club tenía la intención de poner dos televisores para mostrar los partidos de fútbol. Pero como Fernando era muy pequeño para eso, lo llevaron a la casa. Fernando era un perro muy pequeño, pero muy resistente. Él era el perro más pequeño de la casa y los dueños de la casa eran muy inteligentes.

En una oportunidad Fernando, por su tamaño, fue usado en la campaña anticomunista. Fue llevado por la policía. El mismo modo ocurrió en el caso de Tasio Domínguez, que era boxeador chileno y ganador del título argentino. Terminó, junto a otros perros, a los perros que lo querían. Discusión y finalmente terminaron a Fernando y a los otros perros, que no eran como el otro.

Yo no me preocupé por eso y a él no le importó. Por la mañana estaba solo pero por la tarde apareció blanco. Hasta que se despertó la mañana siguiente, que nunca él se acordó de nada. Y me dio un abrazo y me dijo como un hombre de la noche. Era un hombre blanco.

Algunas reflexiones sobre qué era, qué significó Fernando. Cuando murió yo no fui al sepelio. Los dueños de la casa vinieron a mi casa a despedirse. Extrañados por mi ausencia ya que ellos decían que el perro era como un hijo para mí. Muchas veces ellos se acercaban a Fernando a jugar. Pero no es lo que yo quería y a los que no podía llegar o no me encontraban. Pero no

*Todas las mañanas, sin embargo,
no cejaba de intentar
una mejora y sólo lograba
un hermoso desayuno.*



De él se dijo que no fue en vida héroe, mártir, santo, criminal, aristócrata o vago, pero tal vez sí un compendio de todos esos caracteres. Otros se preguntaron si no sería la reencarnación de un antiguo calavera que se negaba a llevar una "vida de perro", pues tenía el extraño hábito de concurrir a reuniones sociales, exposiciones, conciertos y conferencias, ya que, dada su popularidad, jamás se le negaba acceso a lugar alguno.

La reunión estaba en su apogeo. Charla por doquier, felicitaciones, buenos augurios y amplias sonrisas en todos los rostros que llenaban las tres espaciosas salas de la casa, saturadas de música, jovialidad y champaña.

Alegremente aturdida por ese ambiente cordial donde los brindis se repetían una y otra vez, me encontraba conversando en forma desusada con mis ocasionales vecinos, completamente despreocupada de todo lo que no fuera la fiesta, la exquisita cena fría y el arrobamiento de los novios que —me pareció— tenían un gran deseo de estar a mil leguas de todo ese bullicio.

De pronto, un rumor corrió de mesa en mesa como novedad extraordinaria.

—¿Saben quién está aquí? ¡FERNANDO!

—¡Qué honor para la embajada!, subrayó jocosamente alguien, volviendo cada cual al tema que antes trataba.

Picada la curiosidad por el énfasis con que había sido anunciado el visitante, me uní a los que ya se encontraban en la puerta de la sala para ver de quién se trataba, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con un perro más bien pequeño, de ojos vivaces y un algo indefiniblemente simpático que emanaba de su sola presencia. Su pelo corto, relativamente corto y áspero, lucía algo desaliñado. Nos miró con cierta disciplina, sin interesarse mayormente por nosotros, y siguió caminando lentamente por el pasillo, hasta la cocina.

Cualquier perro vagabundo que merodea en casa extraña hubiera huido espantado ante nuestra curiosidad, pero Fernando no era un vagabundo común; en todos sus actos hubo un algo de "gran señor" que lo particularizaba.

Fue así como me encontré, por primera vez, con el famoso PERRO DE RESISTENCIA.

¿QUIÉN ES FERNANDO?

...Durante una visita oficial que realizara el general Aramburu a la capital chaqueña durante su presidencia provisional, se le ofreció un banquete en el Club Social, con gran concurrencia de funcionarios e invitados especiales. De más está decir que Fernando asistió a dicho banquete, ya que, dada su popularidad, difícilmente se le negaba el acceso a lugar alguno. Se situó, pues, a corta distancia del homenajeado, esperando con toda compostura alguna de las invitaciones habituales.

Su presencia no pasó, por cierto, inadvertida, y el alto dignatario lo llamó para palmarle la cabeza, al tener conocimiento de sus anécdotas.

Otra vez asistió a una función de gala desde el escenario, donde estuvo sereno y atento como otro espectador más... Hasta se llegó a afirmar que algunos lo habían visto cruzar en la balsa que atraviesa el Paraná, uniendo Resistencia con Corrientes, prologando en esta ciudad sus famosísimos paseos.

Si se tiene en cuenta el intenso tránsito e intercambio comercial entre ambas ciudades, nada raro sería que, siguiendo la corriente humana, hubiese visitado realmente la capital correntina, en casos como el presente nunca se sabe dónde termina la realidad y dónde comienza la leyenda. También los integrantes de El Fogón de los Arrieros lo adoptaron, a tal punto que en un mural del jardín, donde están representados los principales "amigos" que dieron impulso inicial a la institución, está Fernando en un rincón del mismo, con sus fauces abiertas en una sonrisa, como uno más del conjunto.

Muchos, tal vez, pensarán que todo esto es producto de la fantasía o exageración del pueblo, que transforma en leyenda ciertos hechos intrascendentes; pero no es así. Fernando existió realmente, con todas sus extrañas costumbres "sociales".

Como ejemplo de la increíble emoción colectiva suscitada por su muerte, extractamos textualmente este párrafo de la carta que una jovencita de Resistencia remitió a una prima residente en Rosario: "... desearía que el día que me muera hubiese nada más que la cuarta parte de la gente que hubo ayer, y que esa cuarta parte me sintiera como lo sintieron a él..."; "... todos sabían bien que nadie jamás les va a retribuir el haber estado presentes, porque en realidad no tenían ningún compromiso; sin embargo fueron".

Es una carta que no se hizo con propósitos efectistas porque no fue escrita para ser publicada, sino que volcó de lleno un estado de ánimo en la íntima confidencia a la amiga, y que por extraña coincidencia nos llegó a las manos, precisamente cuando estábamos abocados a la tarea de escribir sobre este tema.

Un conocido pintor del grupo de los "fogoneros" tiene la idea de escribir e ilustrar una historia verídica de Fernando, "sobre esas cosas que los grandes no creen, pero los chicos sí".

Se escriba o no la misma, ya nadie podrá olvidarlo en Resistencia, porque hace mucho que él es tema de los cuentos de niños.

Increíble cosa pequeña y blanca que, errando por las calles de la ciudad, despertó en infinidad de corazones este hermoso sentimiento de humanidad.

PROVINCIANÍSIMAS
FERNANDO, EL PERRO DE LAS ESTATUAS

por Adolfo Cristaldo
CLARÍN, 18 de julio de 1978.

LEYENDA

Aureola a Fernando buen porcentaje de leyenda y, es sabido, la leyenda tiene muchos dueños. Sobre su materia incorpórea el pueblo introduce con todo derecho los mitos —son floraciones de saberes populares—, las modificaciones dictadas por nuevos conocimientos o vuelos imaginativos.

No en vano Resistencia suma noventa de los cien años abarcados por la colonización básica chaqueña, iniciada por inmigrantes furlanos que se asentaron sobre el tronco de la población aborigen, y la autóctona venida desde Corrientes.

El centenario colonizador chaqueño se está celebrando desde el 2 de febrero último, memorando igual día de 1878, cuando esos inmigrantes desembarcaron en la costa del entonces caudaloso río Negro. Forma de esa recordación es el monumento que la comunidad itálica descendiente dedicó a la gesta. Sobre un alto basamento y dos gruesas columnas destacase también la legendaria loba romana, alimentando a Rómulo y Remo, tal como rezan antiguas consejas.

¿Y acaso los lobos no son los perros esteparios de muchas páginas consagradas al folklore del Viejo Mundo, antes de que Herman Hesse los revitalizara como pretexto para enjuiciar a los hombres? ¿No era un perro estepario aquel Colmillo Blanco que embestía sus cien kilos de furia en las épicas peleas buriladas magistralmente por Jack London y que también tiene su monumento en una ciudad del Oeste norteamericano? ¿Y qué eran los lobizones o lobos hombres de las noches de viernes que transitan el folklore del mundo todo?

Las esculturas dedicadas a Fernando están, una, realizada en mosaicos venecianos, sobre sus restos enterrados en un pequeño jardín exterior de El Fogón de los Arrieros, y la otra, fundida en bronce, en la avenida que da la bienvenida a la capital chaqueña, al costado de la monumental Casa de Gobierno.

Patentizan estas esculturas una realidad-mito, pero son testimonios, además, de una comunidad singularísima. Sólo grupos humanos así, capaces de mucho hacer y que por ello disponen de poco tiempo, pueden rescatar momentos para brindar-se en dimensiones de ternura.

Podríamos decir que Resistencia adoptó a Fernando, y mentiríamos a sabiendas. Fue Fernando quien adoptó a Resistencia, como adoptan los perros a quienes no se avergüenzan de mostrar sus cariños a flor de piel.



*Escuché palabras y
sentí lágrimas.*



*"Seguiré siendo Fernando
para siempre."*